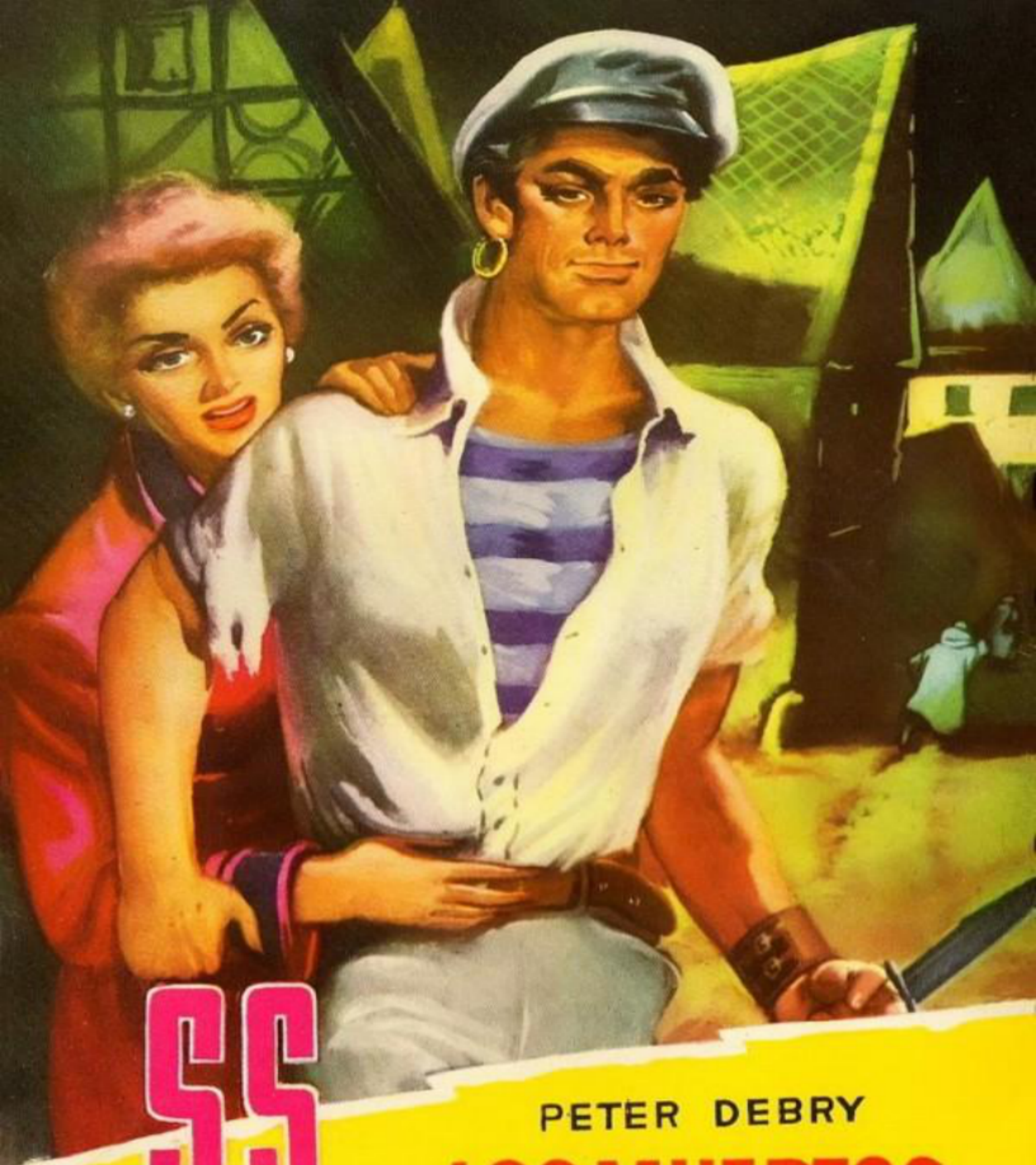

SS
SERVICIO
SECRETO
PETER DEBRY
LOS MUERTOS
NO MIENTEN

LOS MUERTOS NO MIENTEN

OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS EN ESTA COLECCION:

1. — La brigada de los suicidas. **4.** — Sirenas tropicales. **6.** — Los cuatro ases. **8.** — El castillo de los ahorcados. **10.** — Peces de platino. **12.** — Gangsters en Casablanca. **14.** — Valses tétricos. **16.** — Los buitres negros. **18.** — En busca de una cabeza. **20.** — La atómica en Hollywood. **24.** — La bella del Bósforo. **26.** — La isla Corazón. **28.** — Los diablos del Ártico. **32.** — El pulpo humano. **36.** — Piratería moderna. **38.** — Un pistolero en el F. B. I. **40.** — Dama «Dinamita». **44.** — Dr. Borgia. **46.** — Asesinatos en el Estadio. **52.** — La muerte lenta. **54.** — Platillos volantes. **56.** — Aviones sin rumbo. **64.** — El vampiro de Brooklyn. **66.** — Cadáveres ambulantes. **69.** — Gongo Kong. **71.** — Los tiburones del «Tritón». **73.** — Balas perdidas. **77.** — Tobillos de oro.

PRINTED IN SPAIN

Impreso en Gráficas Bruguera, Proyecto, 2 – Barcelona

LOS MUERTOS NO MIENTEN

por

PETER DEBRY

I

De una familia, entristecida por algún drama inconfesable, dicen los ingleses que «ocultan un esqueleto en su armario».

El esqueleto de la familia Silverton era Harper Silverton, y sin embargo al verle, quien no conociera su historial, le miraba con complacencia, porque si en todo Londres había un clásico ejemplar de buen viejo británico, éste era Harper Silverton.

Los cabellos de un blanco argentino, la tez rosada, unos grandes ojos claros, un porte arrogante, y una llama pícara y traviesa en todo su rostro, hacían aparecer a Harper Silverton un niño de sesenta años.

Pero no le miraba así el joven inspector Harris, de Scotland Yard, mientras Silverton, al que acababan de introducir en el despacho del alcaide de la prisión de Dartmoor, adoptaba un continente modesto, bajos los ojos, pero sin servilismo el robusto cuerpo.

—Por tercera vez, Silverton, va usted a salir en libertad —dijo el joven inspector.

—Y es seguro —intervino el alcaide—, que Silverton prometerá enmendarse y no abandonar el recto camino. La distancia corta entre dos puntos, Silverton, es la línea recta y no la quebrada y sinuosa. Les dejo a solas. Es la hora de mi ronda.

Se levantó el alcaide, y al pasar frente a Silverton, manifestó:

—Es mi deseo no volverle a ver, Harper Silverton.

—Se lo agradezco, señor, y séame tolerado opinar del mismo modo.

El alcaide titubeó un instante. Después sonrió, pensando que, al fin y al cabo, podía tolerar la vedada insolencia, en quien no era un criminal sino un empedernido enamorado de la propiedad ajena.

Al quedar a solas con el inspector, Harper Silverton susurró:

—Sin rencor, Ronny; sin rencor.

El inspector se envaró, replicando:

—Me llamo Ronald Harris, soy inspector, y no consiento familiaridades, Silverton. Si usted conociera la vergüenza, hace tiempo que habría muerto, abrumado de sonrojo. Y créame… déle gracias a que los años han transcurrido y peina usted cabellos blancos, de lo contrario, sería con un gran placer, como, privadamente, le invitaría a quitarse la chaqueta, y le haría saltar las muelas.

—Estoy todavía muy fuerte, inspector, pero yo renunciaría a boxear con usted, porque pese a todo, usted no es un mal hombre.

El inspector Harris se cruzó de brazos en el colmo del estupor.

—Eso faltaba. Casi me perdona usted el ser inspector, ¿no es cierto? Oiga, Silverton, todavía no sé si es usted un sinvergüenza carente de todo impulso moral, o es sencillamente un amoral.

—¿Y si lo discutiéramos por el camino? No se ofenda, inspector Harris, pero tengo ansia por viajar en la imperial de un buen autobús.

—Antes ha de oírme, Silverton. Puede sentarse.

—Gracias. Si fuese usted tan amable que me invitase a fumar un cigarrillo, no le rechazaría la invitación.

Ronald Harris tiró sobre la mesa un paquete de «Capstain», que el liberto cogió con avidez, encendiendo uno con gestos rápidos, y exhalando una amplia bocanada de humo azulado.

Ronald Harris buscaba las palabras, pese, a haber preparado su discurso desde el día anterior. Por fin, atacó de frente:

—Yo no soy ningún sentimental, Silverton, y usted me dobla la edad. Me resulta muy molesto tener que inmiscuirse en su vida privada. Si usted nació para ser un granuja, no debió casarse.

Harper Silverton frunció el entrecejo, y brillaron sus ojos, pero siguió fumando, en silencio.

—Escuche, Silverton, es impropio de mí, tener que introducirme en su vida privada, pero me considero excusado de hacerlo, porque… porque lo estimo muy necesario.

—Adelante, Ronny. Se lo consiento. Usted tiene un buen corazón, pese a ser de la policía. Adelante, Ronny.

Coloreados los pómulos, Ronald Harris dijo duramente:

—Su señora esposa, es una señora que no merecía tener por marido a un solemne granuja como usted. Quebrantar la ley, vivir amoralmente, no trabajar decentemente, son delitos antisociales, para los que existen castigos. Pero, ¿qué castigo puede ser suficiente para un infractor que comete el más imperdonable de los delitos?

—Robar sin efusión de sangre, no es tan gran delito, inspector. Y además, he cumplido los tres años de condena, ¿no?

—Durante los cuales, su señora esposa ha ido comiendo gracias

a que ella es trabajadora y muy honrada, ¡mal le pese, Silverton! Usted es la vergüenza de la familia, usted debería dar el ejemplo… Yo he visto con mis propios ojos a la señora Silverton, agobiada bajo el peso de la ropa que lavó por la madrugada, planchó al mediodía, e iba a entregar al anochecer. ¡Ya sé! Tiene derecho a llamarme al orden, y decirme que no tengo edad ni derecho para hablarle así.

—No lo digo, pero no puedo evitar el pensarlo, inspector. Hay cosas que ignora, inspector. No soy jugador, no bebo, no quiero a más mujer que la mía legítima, pero al igual que el tahúr ante el naipe, el dipsómano ante el frasco, y el mujeriego ante las faldas, pierdo el control de mi voluntad, cuando veo la ocasión de apoderarme de algo. ¡Qué quiere usted! Es una enfermedad…

—Veamos, Silverton… Usted tiene ya cincuenta y siete años. Empezó a cumplir pequeñas condenas a los veintidós. Se casó a los treinta y cinco años, y trabajó honradamente durante seis meses, hasta que vació la caja de la casa donde trabajaba.

—La tentación fué irresistible.

—Nació su hija estando usted empezando a cumplir condena de siete años. Salió a la calle, pasaron cinco meses, y volvió a reincidir, cumpliendo otros siete años, por robo con abuso de confianza, premeditación y nocturnidad. Parecía que se había redimido, y durante unos tres años, si bien cambió de trabajo repetidamente, iba todo bien, hasta que volvió a recaer.

—Y usted me pescó, y me llevó a la cárcel, ¿Qué más, Ronny?

—Ahora, su hija tiene veintiún años, y todos los horizontes cerrados porque usted no es el padre que ella se merece.

—Esta vez, salgo a la calle bien dispuesto a no ser objeto de atenciones policiales.

—Su hija, ha ayudado a la señora Silverton en las labores de la casa, y en el trabajo que les permitía ir viviendo… ¡y mandarle a usted el tabaco, la fruta y la comida! ¡Vergonzoso, Harper Silverton!

—Lo es —convino, sinceramente, Silverton—. ¿Puedo coger otro cigarrillo?

—Su hija ha ido estudiando en casa, taquigrafía, correspondencia comercial, y aprendió francés, español y alemán, gracias a que tres nativas, a cambio de sus lecciones, tenían gratis la ropa limpia y planchada.

—Lucy es una chica muy honesta, orgullo de la familia.

—¡Y no puede encontrar un trabajo decente ni un novio adecuado! ¿Y sabe por qué, Silverton? ¡Por ser hija del…!

—¡Alto ahí! —y Silverton se levantó, fulgurantes los ojos—. Lucy sabe que soy un enfermo, y ya no le consiento más intromisiones, inspector Harris.

Ronald Harris se levantó también. Dijo sordamente:

—Escuche bien, Silverton. No quiero que los ojos de su señora esposa se quemen llorando, ni que Lucy tenga que vivir encerrada. Si vuelve usted a recaer en lo que llama usted enfermedad, y yo lo califico de amoralidad… ¡le doy mi palabra de que no irá usted a la cárcel, no! ¡Usted irá a un sanatorio hasta el fin de sus días! Recuérdelo. Emplearé todos los recursos para condenarle a ser barrido del mundo. Y ahora, adiós, Silverton. Ya conoce el camino de salida.

—Bueno, sin rencor, inspector.

Harper Silverton recogió del suelo su hatillo de ropa, y saludó llevándose la palma abierta a la frente. Ronald Harris le volvió la espalda.

En el Corredor, un guardián entregó a Silverton su documentación

—Adiós o hasta la vista, Harper.

—Por mí, adiós.

Atravesó cinco rastrillos, y en cada uno de ellos, el celador le despedía con palabras parecidas. Para todos, Silverton era un granuja simpático… menos para el inspector Harris.

Al atravesar la última reja, se encontró Silverton en el porche de aparcamiento de coches y salida de la prisión.

La calzada exterior brillaba bruñida por la fina llovizna. Eran las tres de la tarde, y el otoño prestaba tonalidades pardas a la campiña que rodeaba la famosa prisión de Dartmoor.

Harper Silverton aspiró con deleite la fragancia de la lluvia, y pisando con firmeza, atravesó el porche. Al doblar la arcada, dispuesto a emprender el camino hacia la estación, sonrió, íntimamente emocionado.

Una mujer, bajo la protección de un descomunal paraguas, trataba también de aparentar calma.

—Buenas tardes, señora Silverton ¿Qué tal esta de salud?

—Estás muy bien, Harper. Muy bien…

—Un pedazo de cielo azul se muestra en el horizonte, señora Silverton, apenas te he divisado. ¿Y la niña?

—En casa, preparando los pasteles que te gustan, Harper.

Silverton besó en ambas mejillas a su sufrida esposa, enlazando después su brazo.

—Tengo los billetes de ida y vuelta a Londres, Harper. Y me prestaron el paraguas familiar de los Swan.

—El tiempo pasa y rejuvenece, señora Silverton.

Echaron a andar, y Silverton respiraba a pleno pulmón. A lo lejos se divisaba el poblado y la estación.

—Dime, señora Silverton: ¿soy un mal hombre?

—Nunca lo fuiste, Harper. Eres… tienes una mala pasión, y luchas contra ella. Lo sabía al casarme contigo, y pensé que yo te ayudaría a vencer tu mala pasión.

—Y lo has conseguido. Sin ti, hubiera terminado mal. ¡Estos malditos dedos, que no pueden estarse quietos, cuando hay cerca una caja cerrada! Pero ahora todo será diferente, señora Silverton. Creo que va siendo hora que domine mis ímpetus juveniles. Es ya hora de sentar la cabeza.

—Así sea, Harper. Nuestra Lucy es ya toda una señorita. Desde que tú, te… ausentaste, empezó a estudiar idiomas. Es muy lista.

—Tiene tu belleza y mi inteligencia. Es perfecta.

—Tenía ya muchas ganas de oírte, Harper. ¿Se te hicieron largos los días?

—Aprendí mucho. Esta vez, me dediqué al cuadro escénico. Cuando el capellán necesitaba un caballero, un pastor honorable, un hacendado, era siempre yo el que desempeñaba este papel. Haría carrera en las tablas, señora Silverton.

Ya en el tren que corría raudo hacía la populosa capital, Harper Silverton manifestó:

—Al llegar te dejaré un instante, señora Silverton, porque tengo que ir a Wapping.

La mención de uno de los suburbios peores del gigantesco puerto londinense, hizo que ella se estremeciera

—Se trata de mi porvenir —siguió diciendo el liberto—. En el «hotel» se encuentran buenas posibilidades. Un amigo me indicó que fuera al «Parrots» de Wapping, donde es casi seguro que encontraré trabajo. Quiero ir a casa, decentemente, y anunciarte que tengo trabajo. No quiero que Lucy piense que soy un vagabundo.

—Ella te quiere tal como eres, Harper.

—Bien, pero ¿y mi dignidad, señora Silverton?

—Podrías ir mañana, Harper.

—No dejes nunca para mañana lo que puedas hacer hoy. Y hablando de todo un poco, ¿conoces por azar a un joven sentimental llamado Ronny Harris?

—Fue el inspector que te detuvo.

—No es un mal sujeto. Tiene que ganarse la mantequilla. Estuvo hablándome en términos justos y adecuados de tu valentía ante el destino adverso. ¿Por un casual acudía a casa?

—Intentó excusarse con Lucy, pero la chiquilla se negó a contestarle tras decirle que ambos vivían en terrenos muy separados. Cuando me ve, el inspector Harris se quita el sombrero. Es un caballero bien educado, Harper.

—Bien, bien. Ya no volverán a llorar tus hermosos ojos, señora

Silverton. Mírame bien. He decidido sentar la cabeza, y para eso voy a entrevistarme con alguien importante en el «Parrots» de Wapping. Después, hacia las ocho, iré a cenar. ¡Hogar, dulce hogar!

El resto del viaje, Harper Silverton se extendió en consideraciones tendentes a demostrar que comprendía la necesidad de dominar sus impulsos «juveniles».

En la estación de término, ella titubeó unos instantes, pero Harper Silverton, anunció:

—A casa, señora Silverton, que soy mayor de edad. No estaré más allá de una hora en el «Parrots» de Wapping.

Y Silverton se alejó hacia el tenebroso mundo de los Docks del Puerto de Londres.

II

El puerto más grande del mundo, Londres, se extiende a lo largo del Támesis hasta el mar en una distancia de cien kilómetros, y sus numerosos y enormes estanques donde pueden recalar los navíos de mayor tonelaje, están encuadrados por hangares y almacenes que componen interminables y monótonas edificaciones de ladrillo gris.

Cada día, surgiendo del fondo de las calas, se amontonan fardos por millares de toneladas. Fardos de lana, algodón, tabaco, sacos de granos y harinas, cajas de frutas, té y café, barriles de aceite y vino, carnes, pieles, marfiles, perfumes, especias, todas las mercancías fabulosas o prosaicas traídas por mar desde el Gran Norte o los Trópicos.

Como en todos los puertos, pululan individuos de todas las razas y colores: mozallones escandinavos rubios y sonrosados, portugueses gesticulantes, asiáticos que se interpelan con diptongos guturales y, gigantes africanos más negros aun bajo el plomizo cielo londinense.

Para los nativos, el Puerto son los Docks. Y tras los Docks, se extienden los deprimentes barrios «marítimos», lúgubres y apiñados barrios malsanos de estrechas callejuelas: Wapping, Stepney, Limehouse, Poplar, Bermondsey…

La Policía del Támesis surca el río noche y día en pequeñas lanchas vigilantes, patrulladas por tres agentes. Para mantener sobre aquel largo camino líquido el respeto a la propiedad, en defensa de las mercancías almacenadas, contra las humanas «rat-river».

A la sombra de los puentes, se encuentran permanentemente, barcas de salvamento, alertadas al menor ruido de zambullida, y que se dedican a pescar a los candidatos a suicida.

En la comisaría más cercana, los fracasados suicidas toman otro baño, esta vez caliente, tienen que abrigarse en un lecho, y se les da una copiosa cena y vestidos: Londres es paternal con sus desesperados.

El barrio de Wapping se halla entre el río y los London Docks, estanques que pueden albergar cuatrocientos trasatlánticos. Son célebres por sus inmensas bodegas, donde se alinean filas de barricas con vinos de todos los países.

Estas bodegas pueden ser visitadas si algún vinatero proporciona al turista amante de Baco, la tarjeta de «Tasting Order», que

autoriza a catar los mostos. Pocos catadores pasan de la tercera hilera…

Pero Harper Silverton no iba a las bodegas, ni se detenía melancólico a mirar el agua que corre bajo los puentes, susurrando dulcemente contra las leprosas piedras de los muelles. No oía tampoco el rechinar de las cadenas de los remolques, ni el fresco vientecillo le daba el relente de lodo, llamadas de sirena y la nostalgia del viaje hacia los Siete Mares de la Aventura.

Para Silverton, la meta era el «Parrots», la taberna en la que para tener derecho a degustar el cálido brebaje marinero de limón, ron y agua, se precisaba al igual que en los más selectos clubs de Mayfair, una recomendación de dos «socios».

Harper Silverton empujó la puerta del «Parrots», cuyo dueño no debía arruinarse gastando luz eléctrica. Se encaminó rectamente al mostrador, y repiqueteó Sobre el zinc.

El camarero que fregaba un vaso de grueso cristal, le miró con indiferencia, para decirle a guisa de saludo:

—Se equivocó de puerta, abuelo.

—La gente ignara y analfabeta si mantuviese la boca cerrada, saldría ganando, porque si no hablas, nadie se dará cuenta que eres un asno, jovenzuelo escrofuloso. Dile al patrón que me envía el león de Rhodesia con recuerdos para el australiano.

La última frase tuvo el efecto milagroso. Tras el mozo, se entreabrió una cortina, y una mano velluda hizo un ademán invitador, mientras una voz ronca, advertía:

—Deja pasar al amigo, Ted.

El camarero se apresuró a levantar parte del mostrador, y por el abierto resquicio, hizo Silverton una entrada triunfal, apartando después el cortinaje.

La trastienda almacenaba barriles, frascos y latas de conserva. Sentado sobre la mesa, el patrón de la taberna, mostró un taburete.

—Siéntese, amigo. La contraseña sólo pudo dársela alguien que está en cierto lugar.

—En Dartmoor, de donde acabo de salir ahora mismo. Nadie me ha seguido, puede estar seguro.

—¿Ron, cerveza, ginebra?

—Dos dedos horizontales de ginebra. Entona el estómago, patrón.

—No hay mejor medicina. ¿Y qué, amigo?

—Me dijeron que usted podía darme trabajo.

—Seguro. Un camarero de barco como usted, con ese aire respetable, puede servirme. Arreglaríamos lo de los antecedentes. Si le recomienda Lipps, usted vale.

—Valgo. Y lo segundo que quiero, es tener una entrevista

particular con Folker. Todo se sabe allá en Dartmoor, todo.

—¿Qué tal esta ginebra, amigo?

—De la buena. ¿Y qué tal de Folker? Yo me llamo Silverton.

—Usted está fuerte, tiene aun años de vida por delante, y le puedo proporcionar un buen trabajo. No es ningún jovencito imprudente, y valdría más que se olvidase de Folker.

—Me considero un hombre cabal, patrón, y le agradezco sus buenos consejos, pero en el «ambiente» yo sería calificado de cobarde, si pasara por alto la actitud de Folker durante mi ausencia.

—A su edad madura no debería usted conceder importancia a la opinión ajena, Silverton.

—Pero a la mía personal, le concedo una gran importancia. Por si no está usted bien informado, aunque sé que usted lo sabe todo en el «ambiente», he de aclarar lo que ha hecho Folker. Ofreció trabajo a mi hija Lucy. No es tonto el tal Folker, no. Se dió cuenta de que mi hija Lucy es una perla, y diciéndole que era amigo mío, le ofreció trabajo.

—Es pues, amistoso, su deseo de ver a Folker.

—Usted sabe perfectamente que no, puesto que antes me recomendaba prudencia. Uno que llegó a Dartmoor, me dijo lo que pasó. Comprenderá, que los que estamos encerrados allí, damos por natural la actitud de los policías y los carceleros, pero encontramos de muy mal gusto, que uno como nosotros es decir, uno del «ambiente», quiera aprovecharse de que uno esté encerrado para ganarse unos billetes. Más claro, patrón: Folker ofreció a Lucy un contrato como secretaria en una casa comercial que radicaba en Montevideo. Se ofreció a arreglarlo todo, el pasaje, la documentación…, porque había, que añadirle un año a la edad, siendo Lucy menor cuando Folker la visitó. ¿Es o no es canallesco, patrón? Porque usted que conoce a fondo el «ambiente», sabe lo que representaba el contrato de Folker. Una más, una desgraciada a añadir al batallón de «blancas», con el falso contrato que la habría llevado a cualquier rincón inhóspito de la pampa, vía Uruguay, como «camarera» de tugurio. Y mintiendo desde un principio, porque ni yo conozco a Folker, ni él me habló una sola vez.

—Folker es hombre de mal carácter. Han aparecido muchos ahogados en el río, a causa de un empujón de Folker.

—Trataré yo de ser el primero en empujar. Yo le voy a pedir un favor, patrón. Si es cierto que Folker presume de ser el más «guapo» de Wapping, no debe negarse a una entrevista muy particular conmigo. Un arreglo de cuentas entre él y yo. El qué pierda, mala suerte. Otro que no fuera yo, le denunciaría a la policía. Yo le cito para esta noche a las once y media en la fachada sur del hangar Kiln. No fallará a la cita si se considera tan hombre. Yo no llevaré

nada ruidoso; me bastan la matraca y un buen cuchillo, las armas del «ambiente».

—¿Por qué crees tú que yo transmitiré tu encargo a Folker?

—En Dartmoor, Lipps me aseguró que hablando contigo este asunto quedaría resuelto.

El patrón del «Parrots» se encogió de hombros.

—Tú lo has querido, Silverton. Esta noche, a las once y media, Harold Folker te esperará en el Kiln.

Harper Silverton se encaminó con euforia hacia el mísero barrio exterior al norte de Whitechapel, donde en tres habitaciones angostas, pero bien adornadas con cretonas y arpilleras teñidas, le esperaban su esposa e hija.

Lucy Silverton tenía el encanto excepcional de la mujer inglesa, cuya suave belleza destaca por no abundar mucho. Un cutis sonrosado, ojos grises humorísticos, castaños cabellos sedosos y un cuerpo esbelto y ágil.

Abrió ella la puerta, abalanzándose en brazos de su padre. Trataba de reprimir unos sollozos, y, paternalmente, Silverton reprochó:

—Estoy de vuelta, Lucy, no de ida. Es para mí una gloria saber que durante mi ausencia has aprovechado honestamente el tiempo. ¿Está la cena, señora Silverton? Hablarás después, Lucy.

Mediada la cena, dijo el liberto:

—Creo que esta misma noche embarcaré, señora Silverton. Un magnífico empleo. Claro que estaré ausente largo tiempo, pero a la vuelta, traeré muy buen dinero, ganado honestamente, y tendrás lo que por tanto tiempo has deseado: una casita en las afueras. No admito controversias, señora Silverton. Enjuga esas lágrimas, pensando que el clima de alta mar y el australiano, me sentarán mejor que el «ambiente». He decidido regenerarme. No quiero ya ser la vergüenza de los Silverton.

—¡No lo eres, Dad! —exclamó, impetuosa, Lucy—. Tal como eres, te quiero mucho, horrores, porque eres muy simpático, y mamá también te quiere así. Bastará que des tu palabra de hombre, de no… en fin, de… Buena, ya nos comprendemos.

—Eso es. Nos comprendemos, y me conforta. En mi ausencia, Lucy, tú te haces cargo de mamá. Eres mayorcita, y puedes conseguir un buen secretariado. Pero cambiarás de apellido, por si las moscas. Llevarás el eufórico apellido de mamá. Es una orden. Serás Lucy Gibson. Y atiende a mi experiencia, para cuando leas los anuncios de oferta de trabajo: si piden mecanógrafas agraciadas y jóvenes, no vayas. Mejor será que coloques un anuncio en el «Times», el periódico de la gente seria. Y hablando de todo un poco: ¿te ofreció trabajo un tal Folker?

—Sí, Dad. Pero no acepté, porque era para Sudamérica, y no quería separarme de mamá.

—Bien hecho. ¿Y qué opinas del joven Ronny?

Sonrojóse levemente la muchacha, observada por los pícaros ojos paternos.

—Es un entrometido el inspector Ronald Harris, Dad.

—Es un caballero, si bien eligió la profesión de sabueso. Anda, coge papel y lápiz, que vamos a redactar tu anuncio en el «Times», ofreciéndote para un buen cargo comercial. Tengo ahorros, y con el anticipo sobre mi empleo, te ordeno, señora Silverton, que dejes de lavar y planchar para los demás. Aquí tienes veinte libras, y que la niña se vista como acomoda a un futura secretaria de la City. Y tú, mamá, te compras un paraguas, botas de agua, un impermeable, un chaquetón, un abrigo… En fin, lo necesario para vencer a esta adorable niebla londinense, que es lo que más echaba de menos allá. Y ahora me voy… Sin llantos ni comentarios. No me hagáis difícil la despedida.

Pero ya en la calle, agradeció Silverton que la «adorable» niebla londinense, no permitiera a los transeúntes verle las humedecidas pestañas.

Alzó las solapas del chaquetón, y hundidas las manos en los bolsillos, fué a la taberna donde un viejo amigo suyo le proporcionó la matraca de cuero relleno con arena, y el cuchillo.

Los hangares del Kiln antiguo, hoy Surrey Docks, extienden sus estanques en una superficie de ciento cincuenta hectáreas, formando como piezas de un gigantesco rompecabezas. Reciben enormes cantidades de madera de construcción aun impregnada de los aromas de lejanos bosques del Báltico, el Mar Blanco y el Canadá.

En un rincón de los Surrey Docks hay un viejo edificio redondo, el «Kiln», especie de horno crematorio, que hoy todavía es apodado «La Pipa del Rey», donde con indiferencia se quemaban toneladas de mercancías averiadas o confiscadas.

Es uno de los parajes más desolados del melancólico puerto. Los faroles rasgan muy de trecho en trecho la niebla húmeda.

Harper Silverton oyó los carillones de la iglesia de Santa Ana, la patrona de los capitanes de largo curso, desgranar la música de la media hora. Las once y media.

Contorneó el Kiln pisando firme lentamente. A su derecha, el rio susurraba, negras sus aguas. El empedrado relucía gris, y allá, a unos diez pasos, un farol despedía su halo rojizo, siluetando al hombre que se apoyaba en el vertical de pie de hierro forjado.

Fue aproximándose Silverton, como el otro, alzadas las solapas y embutidas las dos manos en los bolsillos.

Se detuvo a dos pasos del farol, mirando al silencioso sujeto de gorra impermeable calada hasta las cejas, alto y ancho de espaldas, enfundado en el abrigo impermeable de cuero.

—Malas noches, si te llamas Folker —saludó Silverton.

—Peores para tí, si eres Harper Silverton —replicó el otro.

Al reconocer la voz, Silverton, asombrado, exclamó:

—¡Usted…! ¡Tú…!

—Pediste por Harold Folker, y aquí me tienes. ¿Qué pasa?

—Nadie va a molestarnos, Folker. Habrás adivinado ya que uno de los dos se va a beber unas cuantas pintas de Támesis.

—Soy muy joven para ahogarme. Prefiero el vino que mata lentamente…, pero como no tengo prisa, sigo bebiendo vino. ¿Qué te pasa?

—Es inmoral lo que has hecho, Folker. Tú que eres considerado como el rey del hampa, has cometido la mala acción de querer engañar a la familia de un encarcelado, de un hombre como yo que pertenece a tu «ambiente». Y de eso vengo a pedirte cuentas. Uno de los dos irá al río, con las carnes abiertas.

—El empleo que ofrecí a Lucy hubiera sido bueno.

—¡Calla, mal hombre! —bramó Silverton.

Avanzó un paso más, y Folker dió un salto a un costado. Al igual que su retador mostró las dos manos, en la izquierda la matraca, y en la diestra el cuchillo.

Los dos se apartaron del halo de luz, buscándose en la niebla. Antes de iniciar el «arreglo de cuentas», advirtió Folker:

—Tu necedad, Silverton, es impropia de ti. No hay en todos los Docks quién me pueda, ni con los puños, ni con la matraca y el cuchillo. Piénsatelo. Yo puedo ofrecerte trabajo.

Unos relámpagos de acero surcaron la niebla por respuesta. Las dos matracas propinaban golpes en el aire, esquivando ambos con destreza.

Harold Folker, más atlético, retrocedía, hablando:

—Hay buenos billetes a ganar para un tipo como tú, de aspecto distinguido y con labia… No seas majadero, Silverton. Olvida el error que cometí… ¡Cuidado, Silverton!… Si persistes, voy a matarte por necio y terco… ¡Cuidado, Silverton!

La lucha siguió en la niebla, esfumándose cada vez más las dos siluetas.

Aquella noche, las lanchas de «repesca» sacaron como siempre, varios cadáveres de ahogados. Uno de ellos, presentaba el cuello abierto de un cuchillazo, y en la sien un golpe identificable como el clásico rebote de una matraca.

Desde el Depósito, el sargento de guardia telefoneó al inspector de Scotland Yard, Ronald Harris.

Dijo:

—Cumpliendo la orden general, señor, dada por Scotland Yard, de comunicar al inspector Harris cualquier incidente relativo al liberto llamado Harper Silverton, le doy parte, señor, de que ha sido recogido en el río, el cadáver de un hombre apuñalado, en cuyo chaquetón estaba bordada una etiqueta con el nombre de Harper Silverton.

—Voy para allá.

Media hora después, el inspector Harris, firmaba el acta de identificación del cadáver.

Se dirigió a la mañana, siguiente al barrio donde la familia Silverton era conocida, y al saber que Harper Silverton había anunciado que la noche anterior embarcaba para Australia, para una larga ausencia, el inspector. Harris prefirió callar.

No quería volver a ser calificado de «entrometido» por la preciosa Lucy Silverton.

III

El anuncio, una vez interpretadas las abreviaturas, decía:

> «Señorita que domina español, francés y alemán, correspondencia comercial y taquigrafía, se ofrece. Lucy Gibson, Holborn Road, 37.»

Lucy Silverton lo leyó varias veces. Tenía secretamente deseos de trabajar, de conocer otro mundo, que no fueran las lúgubres callejuelas de Whitechapel. Se dedicó a soñar que en la City, un magnate de las finanzas, joven y guapo, la contrataba. Más tarde, pensó que sería preferible un lord dedicado a la política, con el que viajaría hacia Suiza, París, Nueva York, entre diplomáticos…

A las cuatro de la tarde, su madre gritó:

—¡Lucy, Lucy!

Era un rectángulo azul. El telegrama interior. Rasgó Lucy con dedos temblorosos el papel, y leyó en voz trémula:

> «Señorita Lucy Gibson: Su anuncio inserto en el «Times», puede ser inicio de beneficiosa colaboración. Sírvase presentarse de cinco a seis en la oficina Craig y Compañía, Exportadores Importadores, West India Road, 10.»

Desilusionada, Lucy susurró:

—El Puerto, mamá…

—Para empezar, todo es bueno, niña. Además, en el Puerto se han labrado numerosas carreras, chicas de tus cualidades. Ya sabes que las oficinas de allí pagan sueldos muy crecidos.

—Iré —replicó ella, sin entusiasmo.

Para Lucy Silverton, como para la mayoría de los londinenses, el East End, el extenso barrio conjunto de los Docks, es un mundo tan lejano como Copenhague o Sydney.

Bajo el cielo opaco, el autobús de dos pisos que la llevaba por entre aquel laberinto de grúas, columnas de humo, silbidos de sirenas y carretillas mecánicas, llegó al inicio del West India Docks.

Descendió ella, mirando con desencanto el sucio aspecto de los edificios, primera línea del barrio de Limehouse, cuartel de residencia de los chinos.

Los West India Docks, los más antiguos de todos, fueron antaño sede de contrabandistas y ladrones de mar. Siguen hoy desembarcándose en ellos, los productos coloniales: azúcar, ron, tabaco, café, plátanos.

El número 10 de la calle, era un edificio achaparrado, de dos plantas, no más ancha su fachada de unos seis metros, con una sola puerta. Daba impresión de pobreza, de hermetismo, de abandono…

La puerta de recia madera tenía un aldabón herrumbroso, que quería representar una mano humana. Lucy Silverton titubeó, casi decidida a abandonar su propósito de «iniciar una beneficiosa colaboración» con la Craig y Compañía.

Hasta el cartel era pobre, vetusto. Una tablilla de madera carcomida, pintada en esmalte rojo, colocada sobre la ranura del buzón, bajo el aldabón.

Se decidió, alzando la manilla. Los dos golpes repercutieron en el interior, como si hubiera una larga sala desnuda de todo mueble, ampliando la sonoridad de la doble llamada.

Oyó ella un rechinar sobre su cabeza, y algo asustada, retrocedió en la acera, para mirar a lo alto, donde la única ventana que acababa de entreabrirse, se volvió a cerrar.

La puerta chirrió desagradablemente sobre sus goznes, abriéndose. Entró ella, saludando:

—Buenas tardes. Soy Lucy Gibson, y vengo por…

Se calló. La puerta volvía a cerrarse, y en la sala no había nadie. Tardó un instante en comprender que había sido abierta y ahora cerrada, mediante un mecanismo de cuerdas y pesos.

La sala daba la impresión de los viejos despachos descritos por Dickens. Era rectangular, y los cinco primeros pasos podían darse sin temor a tropezar con nada.

Al fondo había un mostrador, y tras él, un par de altos taburetes y una alta mesa parecida a las de dibujante. Un armario repleto de libros, varios estantes con carpetas, y una mesita más pequeña con una enfundada máquina de escribir.

La luz única estaba colgada sobre la mesa central. Otra, de pantalla, apagada, junto a la máquina.

Avanzó ella, hacia el mostrador, empezando a sentirse mortificada. No había nadie. Se apoyaba en el mostrador, cuando oyó un ruido especial. Un repiqueteo bajando las escaleras.

Miró hacia la abertura a un lado de aquel pobre despacho, en la que se veían unos estrechos peldaños. El ruido se hacía más fuerte, y vió entonces la razón…

Apareció primero la contera de un recio bastón, y dos botas, una de ellas, la izquierda, junto a la contera del bastón, con una suela elevada por un cuadro de acero.

Unos pantalones grises, un chaquetón negro, y por fin apareció el individuo cojo. Se estremeció Lucy Silverton, porque aquel hombre era lo más opuesto a sus sueños del joven financiero o el apuesto diplomático.

—Buenas tardes, señorita Gibson —saludó el cojo. Una voz agradable.

Era alto, encorvado, provisto de un cráneo puntiagudo y calvo, orillado por blancos cabellos. Parecía tener rosetones pintados en las flacas mejillas. Su nariz ganchuda y sus parpadeantes ojillos azules, complementado el descarnado cuello de nuez prominente, daban la inmediata impresión de un pajarraco. Un zancudo, pensó Lucy Silverton.

Alzó una parte del mostrador, invitando:

—Siéntese en la silla de la máquina, señorita Gibson.

Ella obedeció, y el extraño sujeto se colocó al otro lado de la mesita, aclarando:

—Mi última secretaria se casó. Era muy eficiente. Usted es muy joven, y posiblemente carecerá de práctica comercial.

—Hasta hoy me limité a estudiar, señor.

—Bien, bien… Empezaremos a comprobar si su anuncio corresponde a la realidad. En el anuncio afirma usted conocer los idiomas español, francés y alemán. Tengo constante contacto con fruteros canarios, y azucareros antillanos franceses. Veamos, señorita Gibson. Inserte una cuartilla en la máquina, y vaya escribiendo lo que le dictaré…

Lentamente y en puro español, casi sin acento, fue el cojo dictando:

—«Muy señores nuestros: »Hemos recibido con sumo agrado su atenta comunicación del 8 del corriente, con referencia a nuestra petición de fechas de entrega de tomates sin maca, clase V…». Bien, basta, señorita Gibson. Déme lo que ha escrito.

Ella tendió la cuartilla, y él la recorrió, para devolverla diciendo:

—Ciertamente, domina usted el español. Veamos ahora.

Dictó en magnífico francés, y también hizo el mismo comentario. Añadió:

—Actualmente la casa Craig y Compañía no tiene contacto con las firmas hamburguesas. Coja aquel carnet y el lápiz. Comprobaremos su taquigrafía.

A los diez minutos, y cuando ella hubo pasado a máquina el dictado rápido, el larguirucho calvo, sin sentarse, manifestó:

—Yo soy Craig y Compañía. Me complace apreciar que no mintió el anuncio.

—Respetuosamente, señor Craig —dijo ella, arrebolada— he de advertirle que no me han enseñado a mentir. Mi nombre paterno es

Silverton, y el materno Gibson.

—Bien, bien… No debe molestarse por mi comentario. Me refería a que el afán, muy natural por otra parte, de conseguir un buen trabajo, hace que algunas secretarias aumenten sus capacidades. Recibo aquí numerosa correspondencia de firmas canarias, antillanas y mejicanas. Visitas, escasas. Me es necesario tener plena confianza en mi secretaria, debido a que algunas de las visitas efectúan aquí pagos al contado, en efectivo, y yo me ausento con frecuencia. ¿Qué referencias puede darme?

—No he trabajado hasta hoy, señor Craig.

—Bastará alguien que responda por usted.

—Me temo… No he frecuentado a nadie, aparte mis profesoras de idiomas y… No sé, tal vez sería preferible que me fuese, señor Craig.

—¿Por qué? Aquí estaría muy cómoda, muy tranquila, sin compañeros inoportunos, sin más jefe que yo.

—Prefiero decirle que mi padre…

—Un momento, señorita Gibson. Yo la empleo a usted, y sólo quiero referencias de usted. Piénselo mejor. Me es urgente una secretaria que domine los dos idiomas esenciales, y no es tan fácil hallar en Londres una señorita inglesa, que hable francés y español con su facilidad. Puedo tenerla a prueba, señorita Gibson. Creo que estará de acuerdo conmigo en que tres libras semanales, es un buen sueldo.

—¡Tres libras semanales! —exclamó Lucy, admirada. Había llegado, en sus cálculos más optimistas, a una libra semanal.

—No se sienta obsequiada. Habrá de abrir a las ocho de la mañana. Los capitanes y pilotos son madrugadores. Contestar la correspondencia de ocho a una. Almuerzo de una a dos y media. Y poner al día las cuentas, de dos y media a siete. Naturalmente, queda respetado de once a once y cuarto, y de cinco a cinco y cuarto para el té. En estos dos cuartos de hora, aunque arda la casa o se hallen llamando cien capitanes, usted no hará otra cosa que tomar pacíficamente su té —sonrió Craig y Compañía.

Ella pensó que tenía los dientes muy blancos, juveniles. No eran postizos. Sonrió:

—Agradeceré que me tome a prueba, señor Craig.

—Bien, bien… Mañana a las ocho, abrirá. Estas son las llaves. Hallará al margen de cada carta, unas anotaciones mías, dando el sentido a las respuestas. En aquellas carpetas hallará la orientación para la buena marcha de los asuntos Craig y Compañía. He tenido el honor de conocerla, señorita Gibson. Hasta mañana. Buenas tardes.

Algo desconcertada, salió ella. ¡Tres libras semanales! Craig era feo y viejo, pero no era tan desagradable como su aspecto daba a

presumir. Lo que ignoraba ella, era que acababa de iniciar el camino de las más accidentadas aventuras en un confuso ambiente de espionaje y emboscadas a muerte.

***

Su madre escuchó con atención las explicaciones, comentando al final:

—Debiste dar como referencia al inspector Harris, niña.

—No quiero, ni querré nunca deber nada a ese entrometido, mamá. ¡Tres libras semanales! ¡Qué contento se pondrá Dad cuando le escriba!…

—Ya sabes que no enviará su dirección hasta dentro de un mes. Hija mía, estoy muy contenta de que hayas encontrado tan pronto un trabajo tan bien remunerado.

Durante dos días, ella no vió a Craig, ni hubo visita ninguna. Muchas cartas atrasadas por contestar, liquidaciones…, pero no había una sola mercancía en el número 10 de West India Road.

El día entero con luz eléctrica, y la puerta de acceso a la planta alta, cerrada.

Al tercer día, a las ocho y media, llamaron a la puerta. Lucy maniobró el segundo manillar de mecanismo que abría…

Pestañeó al examinar al individuo que se acercaba pisando con aplomo, y con cierto contoneo extraño. Llevaba un saco marinero al hombro.

Era alto, moreno, de rostro insolente, y en su oreja izquierda colgaba un arete de oro. Calzaba botas altas, bombacho azul, y un prieto jersey gris modelaba su tórax atlético.

Los rebeldes rizos negros desbordaban la gorra marinera, sin graduación. Descargó el saco con un leve escorzo de cintura, y echándose atrás la gorra, se rascó la frente.

—¡Diablos con el viejo Chester! Tiene paladar el viejo pícaro. La otra papelona era un viejo loro.

Lucy Silverton irguió la barbilla, revolucionada ante el léxico vulgar del arrogante desconocido, que hablaba el inglés con fuerte acento galo.

Replicó en francés:

—¿Qué desea usted?

—¡*Oh là là*! Pero ¡usted es un primor! Bonita y políglota. Vaya con el viejo Chester… Señorita —y tocándose la visera, hizo un burlona reverencia—, tiene usted el considerable placer de trabar conocimiento con Lionel Flambert, martiniqués y primer piloto del «Gavroche». Soltero sin compromiso, y al servicio de las damas menores de cuarenta.

—Sus intimidades no me interesan, señor. ¿Qué desea usted?

—¡Ah, si pudiera decirle lo que deseo…! Bueno, no se enfade con el piloto Flambert. Ya le dirá el viejo Chester que no soy ningún bergante. Tal vez algo charlatán, pero sin maldad.

—Tengo mucho trabajo, piloto. ¿Qué desea de la casa Craig y Compañía?

—Primero, felicitar a la casa por su reciente adquisición. Hace dos meses, usted no estaba aquí. Segundo, ver al viejo Chester.

—Desconozco a quién se refiere.

—No bromee con el piloto Flambert, ¡caramba! Hablo del pícaro Craig, Chester Craig.



Hay buenos billetes a ganar, pero si persistes voy a matarte por necio

—El señor Craig está ausente. Deje escrito o dícteme lo que quiera comunicar al señor Craig, y…

—¡Oh, bien, no sea ceremoniosa con el piloto Flambert! —exclamó riendo el martiniqués, y juntando el índice y el medio, añadió—: El viejo Chester y yo, somos uña y carne. Ande, eché un vistazo a aquella carpeta donde dice: «Llamadas urgentes», y compruebe que allí estoy inscrito, como visitante urgente.

Obedeció ella, molesta porque sabía que todos sus movimientos eran espiados con descaro por el marinero. Abrió la carpeta, y la única cartulina que con tenía, decía:

> «Llame urgente al número 996623, Chelsea, si solicitan ver a Chester Craig, los siguientes visitantes:

Y no había más que un nombre:

> «Lionel Flambert, piloto del «Gavroche».

Se acercó a la cajita que encerraba el teléfono, y marcó el número del bohemio y elegante barrio de Chelsea.

Una voz femenina, inquirió quién llamaba.

—Lucy Gibson, secretaria de Craig y Compañía.

—Un momento; no cuelgue, por favor.

En el mostrador, Lionel Flambert encendía una corta pipa de brezo, cuya cazoleta representaba una cabeza de tigre de ojillos rojos.

Un aroma a miel y a nuez moscada con mentol brotó de las copiosas bocanadas. Flambert, risueño, miraba a la que con impaciencia deseaba verse libre de la insolente observación del primer cliente de la casa Craig y Compañía.

Oyó la agradable voz de Chester Craig:

—Diga, Lucy.

—El piloto Lionel Flambert, señor, está aquí.

—¿Cómo lo sabe?

—Pues, señor… porque…

—Hágame el favor de preguntar al visitante en qué clase de pipa le gusta más fumar.

—Una pipa muy corta, que representa una cabeza de tigre con dos granates por ojos, señor Craig.

—Voy al instante, Lucy. Entréguele al señor Flambert la partida de pedidos azucareros de las firmas antillanas.

Colgaron, y lo mismo hizo Lucy. Pensaba que había muchos misterios ignorados en el tráfico de importación. Fué al estante para coger la carpeta que contenía lo referente a correspondencia y

pedidos con las colonias francesas del Caribe.

La tendió a Flambert, y volvió a su mesita. El piloto pareció olvidarse de ella, que mirándole de soslayo varias veces, le vió muy absorto hojeando las diversas cartas, albaranes y facturas.

Pasó un cuarto de hora, y el piloto cerró la carpeta. Ella, afanosamente, repiqueteó en la máquina. Abrióse la puerta, y el peculiar toque de la contera anunció a Chester Craig.

—Buenos días, Lucy. Buenos días, Flambert. Si viniese alguien, no estoy en casa —dijo Craig abriendo la puerta de la escalera, por donde fué subiendo seguido por Flambert.

Arriba, otra sala idéntica en extensión a la planta baja, pero con muelles sillones, radio, licorera y una mesa casi lujosa, acogió a los dos hombres.

Flambert, sirviéndose un poco de coñac, comentó:

—¿De entera confianza la nueva, Chester?

—Es una inocente criatura, que nunca salió de su nido. Su primer trabajo.

—No me gusta que hayas escogido una chica así, Chester. Corre peligro.

—Ninguno. Al verla, cualquiera se da cuenta de que no sabe nada más que lo que lee. ¿Qué novedades, Lionel?

—Tengo la impresión que sospechan de ti. Estuve en el «Parrots» anoche, y Harold Folker estaba hablando con un individuo, en cuyos labios por dos veces leí la palabra Craig. Harías bien en estar alerta.

—Hace años que vivo alerta, Flambert. ¿Cuándo zarpas?

—Esta vez me quedo en tierra dos semanas, porque el barco va a ser careado y repuesto de piezas. Oye, Chester, repito que no me gusta que esta muchacha, ignorante de lo que aquí pasa…

—No seas sentimental, Flambert. Ya sabes que hasta el peor de la banda de Folker, no sospecharía de Lucy Silverton. ¿Por qué me hiciste venir?

—Porque tengo la convicción de que Folker no tardará en intentar averiguar qué manejos te traes.

—Estoy prevenido. ¿Dónde te alojas?

—En el «Lyon Inn». Llámame allí si pasa algo grave. Dejaré ahora abajo algunas muestras de madera costarriqueña, para cubrir las apariencias.

—Aquí me quedo hasta el mediodía. Hasta más ver, Flambert.

—Suerte. Y ojalá no tengas necesidad de llamarme.

Lionel Flambert volvió a mirar con su descarada ojeada a la secretaria de la casa Craig y Compañía, mientras desde el lado interior del mostrador, casi volcado sobre él, recogía su saco, del que extrajo cuatro cajitas.

—¿Entiende de maderas preciosas, Lucy?

Ella prefirió guardar silencio, mientras el piloto colocaba las cajitas en su mesita.

—Están talladas en cuatro especies de madera, y el señor Craig me ha dicho que consulte usted la lista de calidades y precios ofrecida por la casa «Quextlatl», de Veracruz.

Ella cogió una carpeta del estante, y durante unos minutos, intercambiaron expresiones puramente comerciales, definiendo Flambert la clase de madera y su precio de oferta, y comparando ella con la relación mejicana.

Anotó los precios, comentando:

—Supongo que a la casa Craig puede interesarle su oferta, señor Flambert. Especifique la cantidad que puede asegurar en el dock cuarto de los Surrey.

—La suficiente para cubrir cualquier demanda. Cuando reciba usted pedidos de las casas londinenses, participémelos a «Lyon Inn», donde me hospedo por dos semanas. O mejor será que me dé una vuelta de vez en cuando por aquí, digamos… a las siete de la tarde en punto.

—Yo le comunicaré las novedades a su hospedaje, señor. No es preciso que se moleste en venir.

—No es molestia, sino uh deleite, Lucy.

—Le haré constar, señor, que detesto las confianzas. Soy la secretaria de…

—Craig y Compañía, de acuerdo. Hasta las siete de esta tarde, entonces.

—Es hora de mi salida, señor.

—Mejor que mejor. A veces, hay sujetos impertinentes, y yo puedo defenderla.

—No me hace falta, señor. Y por ahora, siento decirle que el único sujeto impertinente que conozco, es usted.

—Entonces, a las siete vendré a protegerla contra el piloto Flambert. Hasta luego, Lucy.

Se marchó, saco al hombro, con su contoneo de hombre acostumbrado a andar sobre cubiertas bamboleantes por los bandazos.

Lucy Silverton se quedó meditando si era impropio de una joven, sentirse a la vez molesta y curiosa, deseando no ver a aquel joven marinero moreno del arete de oro, y también esperando con ansia las siete de la tarde.

A las doce, bajó Chester Craig. Examinó la lista de anotaciones que Lucy acababa de hacer, referente a las maderas ofrecidas por Flambert.

—Muy bien, Lucy. Apruebo los pedidos que usted ha subrayado

con lápiz rojo. Y una advertencia: pese a sus modales desenfadados, el piloto Flambert es hombre leal. Es un francés criollo, y esto le excusa lo que en un inglés sería imperdonable.

—Me dijo… que vendría a las siete, señor Craig.

—Puede ir con él, Lucy. A Flambert le confiaría yo mi hija, porque es descarado de palabras y ojos, pero incapaz de villanía. ¿Le gusta este trabajo, Lucy?

—Sí, señor Craig.

—Lo celebro. Buenos días, Lucy.

A media tarde, Lucy Silverton respondió a la llamada del aldabonazo. Al abrirse la puerta, y no ser Flambert el visitante, se llevó ella la primera sorpresa.

La segunda, fué al reconocer al que se acodaba en el mostrador.

—¡Señor Folker!

Harold Folker se destocó, sonriente. Era de buen ver, aunque algo indefinible en su persona, hacía que Lucy sintiera desconfianza hacia el que ahora dijo:

—Este mediodía, por casualidad, la vi a usted salir de aquí. Creí fuera una simple visita, pero ahora, al pasar, un amigo mío me ha dicho que era usted la nueva secretaria de la casa.

—¿Tanto le interesan mis pasos, señor Folker?

—Fui un buen amigo de su padre, Lucy.

—¿Ya no lo es?…

—Bien, quise decir que ahora, como está embarcado, es natural que yo me interese por la familia.

—Inserté un anuncio en el «Times», y obtuve este trabajo, del que estoy muy contenta.

—Ya… Puede que yo entable asuntos comerciales con Craig. ¿Está ahora su patrón?

—No. Viene poco. Me deja casi todo a mi iniciativa.

—Justa confianza en sus dotes, Lucy. A propósito, como amigo de la familia, ¿tiene inconveniente que venga a buscarla a la salida?

—Gracias, pero no puedo aceptar.

—La señora Silverton no criticaría nuestra amistad, Lucy.

—Mamá me deja libre de escoger mis amistades.

—Una chica como usted, sola, anochecido por los Docks.

—Sé protegerme —sonrió ella. Era curioso el afán protector que se desataba en su rededor desde por la mañana.

—Pero ir a oír buena música, o ver una pieza de teatro, conmigo, no es cosa que molestaría al viejo Silverton, mi buen amigo.

—Estoy cansada cuando salgo, pero tendré en cuenta su oferta. La anotaré en la lista de pedidos.

—Es natural que tenga usted una larga lista de pedidos. Bien,

adiós, Lucy, pero insistiré.

A las seis y media, Lucy se sorprendió mirándose al espejo, para comprobar su peinado, y retocar el carmín que ligeramente avivaba sus gordezuelos labios.

A las seis y cuarenta, el teléfono repiqueteó. Una voz femenina, alterada, nerviosa, preguntó:

— ¿Lucy Gibson?

—Yo misma.

—Soy Margaret Craig. Venga inmediatamente al número 14 de Cheyne Walk, pronto. Mi hermano la reclama urgente. Coja un «taxi». Pronto, la espero.

Colgaron. Lucy Silverton se embutió en su abrigo, cogió el paraguas, y abandonó el despacho. Cerraba por fuera cuando a su lado, Lionel Flambert saludó:

—Trampa. Faltan siete minutos y algunos segundos para el cierre.

—El señor Craig… su hermana, me llaman urgente a Cheyne Walk. Tengo que coger un *taxi*. Adiós.

Echó a correr, deseosa de ser seguida. Pero fué sola como esperó el paso de un *taxi*.

Dió la dirección de Chelsea, intrigada. ¿Por qué la hermana de Craig la llamaba; en forma tan extraña?

Debía ser su poca experiencia mundana, pero creía ver muchos misterios en la Casa Craig y Compañía. El dueño que apenas aparecía, el martiniqués del arete de oro, ahora la nerviosa voz femenina.

El *taxi recorría* los Embankments al borde del Támesis yendo poco a poco presentando por sus ventanillas la variación de panorama, atravesando el corazón de Londres para dirigirse hacia el Oeste, hacia el barrio equivalente al Montparnasse parisién.

Pintores, literatos, solteros ricos, tenían sus residencias en Chelsea.

Y Cheyne Walk era una arteria artística, con edificios que databan del siglo XVII, con encantadoras casas de una sola planta, de ladrillo rojo, con rejas de hierro forjado, como lo era la del número 14, ante la que se detuvo el «taxi».

Una mujer alta, de severo aspecto, vestida de gris, abrió la verja, mientras Lucy estaba pagando el «taxi».

—Soy la hermana del señor Craig. Haga el favor de seguirme, señorita Gibson.

Subidos los cinco peldaños, y bajo el porche, al empujar la puerta de pesada madera que daba acceso a un elegante vestíbulo, dijo sin volverse, Margaret Craig:

—Procure dominar sus nervios, señorita Gibson. Mi hermano

está malherido, gravemente malherido. Por aquí, haga el favor.

IV

Completamente atónita, Lucy Silverton siguió tras los decididos pasos de la que, abriendo una puerta lateral, anunció:

—Tu secretaria, Chester. Pase, señorita Gibson.

Entró Lucy en una pequeña sala poco iluminada. No hacían ruido sus tacones sobre la mullida alfombra. Parecía un despacho biblioteca. Sólo una pantalla iluminaba una mesa, y tras ella, Chester Craig hundido en un sillón, blanco el rostro. Estaba bebiendo lentamente un líquido ambarino en una copa de cristal tallado.

Margaret Craig dijo a espaldas de Lucy:

—Siéntese. Mi hermano insistió en que viniera usted. Quise llamar a un médico, pero me lo ha prohibido. Quise llamar a Scotland Yard, y también me lo ha prohibido. Chester, por lo que más quieras, debes darte cuenta que estás malherido.

Desde detrás de la mesa, Chester Craig a medias visible, habló con voz clara:

—Me doy perfecta cuenta, Margaret. Estuve en Dunkerque, y sé cuándo un hombre debe empezar a rezar. Me quedan aun unas cuantas horas… Siéntate, Margaret. Has de oír lo que he de exponer a Lucy.

Lucy Silverton, juntas las manos, trataba de reprimir el temblor de sus labios.

—Por razones que algún día sabrá, Lucy, deseo que mi muerte aparezca… como un suicidio. El cuchillo que me ha herido, trató de hincarse en mi corazón. Una medalla lo desvió escasos milímetros, los suficientes para no producirme la muerte inmediata. Pero mi agresor huyó, creyéndome muerto. Me hirió al atravesar yo la verja de esta casa. No sé quién es, y también ignoro sus motivos. Quiero evitar investigaciones molestas…

—No debes hablar así, Chester. Tu rudeza, tu insensibilidad, me afectan profundamente.

—Déjame terminar mi existencia según he acostumbrado, Margaret. Eres mi hermana menor, y has de obedecerme. Domínate, y da el ejemplo de serenidad. Mi herida no tiene espera ni cura… Sobre esta mesa quedará un cortapapeles… Nunca he sido un hombre sano, y se atribuirá mi suicidio a causas de neurastenia. Así lo ordeno, Margaret.

—Pero… es engañar a la policía, Chester.

—Estoy tratando… tratando de evitar un mal peor, Margaret. No vuelvas a interrumpirme. Estoy vendado, y contenida mi hemorragia, me queda el tiempo suficiente para irme de este mundo con la conciencia tranquila dejando las cosas bien ordenadas. Sírveme un poco más de oporto, Margaret. Lo siento mucho, Lucy… mucho.

—Señor, ¡déjeme llamar a un médico!

—He dicho ya que nada puede hacer un médico. Gracias, Margaret. No puedo extenderme sobre antecedentes. Mi negocio de intermediario en importaciones y exportaciones es bueno, Lucy… si es bien llevado. Usted sabrá llevarlo. En mi testamento declaro heredera a mi hermana Margaret, la cual, obrará con acierto, asociándola a mi negocio, Lucy.

Se contrajo la diestra de Craig, mientras su zurda se aplicaba bajo la cruzada chaqueta en el corazón. Inclinó la calva cabeza. Margaret Craig, con voz trémula imploró:

—¡Chester por el Cielo santo…!

—Un pasajero pellizco en el corazón, Margaret. Mi accidente nada tiene que ver con la Casa Craig y Compañía. Usted, Lucy, ha de confiar plenamente en Lionel Flambert, y tú Margaret, confiarás plenamente en Lucy. Prométemelo.

—Te lo prometo, Chester. Pero no debes hablar. Usted, Lucy, vaya a llamar…

—¡Quietas las dos! No seáis impulsivas… Mi muerte ha de ser un suicidio, o de lo contrario, todo se hundiría. Margaret, acércate más…

Ella se inclinó al lado del sillón. Lucy Silverton sentía un angustioso mareo… Todo le parecía irreal, fantástico…

Aquel hombre moribundo, la escasa luz, las manos blancas, la mujer de gris, alta y severa, las respiraciones entrecortadas de ambos hermanos, ella tratando de dominar sus impulsos, y él, procurando en su tono, evitar lo melodramático, según el código del caballero británico, eran impresiones casi alucinantes para Lucy Silverton.

—Tú confiarás en Lucy, que llevará nuestro negocio, Margaret. Quisiera fueras buena amiga de ella, Margaret. Y las dos debéis tener el pleno convencimiento de que os exijo silencio, porque defiendo una buena causa, de la que me siento muy orgulloso, y… su triunfo final, exige me juréis obedecerme. ¿Lo juras, Margaret?

No era visible el rostro de ella, cuando replicó:

—Lo juro, Chester.

—Y yo también, señor Craig… Pero por favor, sea menos cruel consigo mismo, y…

—Tú, Margaret, estabas en tu salita cuando oíste abrir la puerta

a la hora exacta en que me recogiste en el jardín delantero. Extrañada porque no venía a saludarte como de costumbre, a mi regreso del club, viniste a llamar a la cerrada puerta de este despacho. Al no recibir respuesta, trataste de entrar, y viendo estaba echada la llave por dentro, telefoneaste a Lucy. Y cuando ella llegó, decidisteis llamar a la policía. Quisiera que enviasen a un inspector caballeroso…

—Yo conozco al inspector Harris, señor Craig.

—Lo llamáis, ahora, al salir. En seguida.

Margaret Craig, inclinada, lloraba besando la frente del moribundo, una de cuyas manos se apoyó en el hombro de su hermana.

—Bendita seas, Margaret, porque renunciaste a casarte para estar siempre a mi lado… Bendita seas… Salid… Tengo que ponerme a bien con el Sumo Hacedor.

Lucy Silverton, acongojada, no se dió cuenta que era Margaret Craig la que, enlazando sus hombros, la obligaba a abandonar el despacho, cuya puerta fue a cerrar, Chester Craig arrastrándose…

Regresó Craig al sillón, quitándose el vendaje hecho con su propia bufanda de seda. Empuñó con la diestra un afilado cortapapeles, y sus labios fueron musitando una plegaria, hasta que la sangre que brotaba de la herida mortal, empapó la carpeta sobre la que reclinaba el busto.

Fuera, Margaret Craig, a medias cubierto el rostro con un pañuelo, consultaba el listín, donde en las señas primeras halló el número de Scotland Yard, llamadas públicas.

Tendió el teléfono a Lucy Silverton, que, nerviosamente, apremió:

—Comunica Lucy Silverton. Transmitan urgente al inspector Ronald Harris, que se persone en el número 14 de Cheyne Walk.

Colgó, y dejóse caer desplomada en un sillón del vestíbulo.

—Mi deber es cumplir lo que me ha ordenado mi hermano, pero usted, debe quedar libre de comportarse según su conciencia le exija, Lucy.

—Fué bueno conmigo el señor Craig, y me dió su confianza, señorita Craig. Y el señor Craig no pudo hacer nada que no hiciera un caballero ejemplar.

—Gracias, Lucy. Ambas, entonces, diremos lo que quiere que digamos el señor Chester Craig. Permítame me quede a solas, mientras llega el inspector. Recíbalo usted. Voy a mi alcoba.

Lucy Silverton sentía pena, aunque no la afectara directamente la muerte de Craig… que había estado en Dunkerque, y sabía cuándo un hombre no necesitaba los auxilios médicos.

Llamaron al timbre, y acudió ella misma a abrir. Por lo visto, no

había servicio en la casa…

Ronald Harris se quitó el sombrero.

Atropelladamente, ella explicó:

—Soy la secretaria del señor Craig, inspector. Su hermana me ha llamado, porque teme que algo extraño haya sucedido al señor Craig, que está encerrado en su despacho, aquí, y no responde a las llamadas.

Acudía Margaret Craig, serena, desaparecido del rostro toda huella de llanto.

—Le ruego, inspector, que fuerce esta puerta. Mi hermano tenía ataques al corazón. Le he oído entrar hará cosa de media hora, y no contesta a mis llamadas.

Harris abrió su abrigo, preguntando:

—¿El servicio, señora Craig?

—Sólo viene una asistenta por las mañanas, hasta las tres. Después, yo sola atiendo la casa, porque mi hermano cena siempre en su club.

Harris, ante la puerta, cerrada, golpeteó con el puño:

—¡Señor Craig! ¡Por favor, abra a la ley!

Lo dijo por tres veces, cumpliendo el reglamento, que impedía hacer uso de la llave maestra, sin antes invitar al enclaustrado a abrir.

Después, introdujo la llave maestra y penetró, seguido de las dos mujeres. El espectáculo era impresionante, porque el cerco de luz ponía fulgores rojos en rededor del busto del cadáver.

Ronald Harris aplicó su mano en la sien de Craig. Dijo:

—Está muerto, señora Craig. Usted, señorita Silverton, salga y notifique al agente de ronda, que envíe aviso a una ambulancia, y al forense. Vaya.

Margaret lloraba silenciosamente. Ronald Harris se excusó:

—No tome a mal que la invite a esperarme en la antesala, señora. Debo hacer algunas comprobaciones que resultarían desagradables…

A solas, Harris fué verificando las comprobaciones rutinarias, y así le sorprendió el forense, qué tras saludar, examinó a Craig.

—Herida inciso cortante producida por un objeto penetrante, remontándose la muerte no más allá de una hora ni menos de quince minutos. Está todavía tibio el cuerpo, inspector. Desangrado.

—¿Puedo iniciar la encuesta con la tesis provisional de suicidio, doctor?

—La tesis de suicidio es sostenible, inspector, si bien no puede descartarse la tesis de agresión por personas desconocidas, asesto que dependerá de la autopsia y de sus investigaciones. Ordenaré que recojan el cadáver, salvo contraorden, inspector.

—Por mí, he terminado aquí

La ambulancia con el muerto había ya desaparecido, cuando el inspector Harris, en pie ante las dos mujeres sentadas, dijo:

—Mi deber, señora Craig, no es siempre compatible con la discreción. Espero me sabrán excusar.

El grado de inspector a los treinta años, era un reconocimiento de la diplomacia y el talento del joven Ronald Harris.

—Le comprendo, inspector. ¿Qué desea saber?

—¿Sospechó alguna vez que su hermano pondría fin a su vida?

—No.

—¿Cree posible alguna agresión?

—Mi hermano no tenía enemigos. Era un caballero de costumbres morigeradas.

—Mis atribuciones me permiten iniciar la encuesta basándome en un suicidio, con lo cual evitaría la enojosa publicidad. No obstante, hay ciertos puntos extraños, aunque posiblemente explicables con razonamiento lógico. Dice usted que oyó a su hermano abrir la puerta. ¿Por qué sabe que era él?

—Sólo él posee llave. Eran sus pasos…

—¿Qué tiempo dejó transcurrir entre su llegada y las llamadas en la puerta?

—No puedo apreciar con exactitud. Unos diez minutos.

—¿Por qué llamó a la señorita Silverton?

—Gibson es el apellido materno —aclaró Lucy.

—La llamé, porque sabía, que gozaba de la entera confianza de mi hermano, y pensé que, a lo mejor, Lucy sabría si mi hermano estaba enfermo, o no quería… No sé…

—Comprendo, comprendo. No la importuno más. Dígame, señorita Silverton; ¿creía usted posible un suicidio del señor Craig?

—No. Pero me parecía enfermo, triste, deprimido.

—Eso es importante. ¿Iban mal sus negocios?

—No, no, todo lo contrario. Llevo muy poco en la casa, pero el examen de la documentación comercial, me hace afirmar que era próspera la situación de la casa Craig y Compañía.

—Entonces, ¿atribuye usted la fatal decisión del señor Craig, a un momento de depresión enfermiza?

—Sí, inspector.

—Gracias. Muy importante su declaración, señorita Silverton. Colocaré un guardia para impedir el acceso de los periodistas. Nada tienen, que hacer en este caso. Acepte mis condolencias, señora Craig. Acompáñeme, señorita Silverton. Su declaración confirmada en mi despacho, dará por ultimada esta encuesta. Buenas noches, señora Craig.

—¿Sus órdenes, señorita Craig? —preguntó ella, mientras

recogía su abrigo y paraguas.

—Le agradeceré que mañana, a las once, venga aquí, Lucy, porque supongo que Chester… era su deseo, que continuara la casa Craig. Hasta mañana, Lucy. Gracias, inspector.

En la calle, Ronald Harris dijo:

—Muy lamentable. ¿Por qué me llamó a mí, señorita?

—Mi padre dice que usted es un caballero.

—Y yo la creía a usted incapaz de mentir.

Lucy Silverton, enrojeciendo, se detuvo en la acera. Ronald Harris, con visible esfuerzo, añadió:

—La acuso de mentirme, Lucy. Y la señora Silverton no le ha dado malos ejemplos.

—Su acusación es odiosa, inspector Harris.

—Usted afirmó ante la hermana de Craig, que éste era muy capaz de suicidarse. ¿Por qué, mientras hablaba con ella, usted trataba con la suela de su zapato, de borrar ciertas manchas en la alfombra, delante de la puerta del despacho? Eran manchas de sangre, concretamente.

—Un gesto maquinal.

—No. Usted cree o sabe que Craig no se ha suicidado.

—Y usted, porque mi padre… usted cree que yo… —se atragantó Lucy.

—Los delitos de Harper Silverton nada tienen que ver con el buen concepto que de usted tenía hasta ahora. Usted ha mentido al afirmar tan rotundamente su creencia en el suicidio. Si así lo creyera, no hubiese tratado de borrar unas manchas de sangre… fuera del despacho.

—Fue maquinal.

—Puede ser que Craig intentase salir, y volviera a entrar. Había sangre desde su mesa a la puerta. Puede ser que viniese ya herido de muerte. Lo cierto es que usted no dice la verdad, Lucy. Créame… Es usted transparente.

—¡Y usted… un odioso entrometido! ¿Debo considerarme detenida? —preguntó ella, con arrogante soberbia.

Ronald Harris no pudo impedirse el sonreír.

—Todavía no, Lucy. Pero sepa que si me oculta algo, me sería muy doloroso tener que ordenar su procesamiento por falso testimonio.

—¿Tengo que soportar por más tiempo su desagradable compañía?

—Usted me tiene ojeriza —dijo el inspector, abandonando su habitual buen lenguaje—. ¿Se puede saber por qué?

—Porque es usted un impertinente indiscreto.

—Mi profesión me obliga a ello. Buenas noches —saludó

secamente, alejándose. Se detuvo un poco, y volvió sobre sus pasos —. Posiblemente, la citaré a declarar si hay algo anómalo en la encuesta.

Lucy Silverton explicó todo lo sucedido a su madre, la cual, tras un largo rato de meditación, expuso:

—Juraste a un caballero moribundo, niña. Tienes que cumplir. ¡Ah, si estuviera aquí el señor Silverton! Él nos ayudaría. Pero ahora, tu deber es ayudar a la señorita Craig.

En el legendario patio empedrado de Scotland Yard, el inspector Harris, saliendo del departamento de autopsias, se encaminó hacia el ala izquierda, para llamar al despacho de su comisario.

Informó de las investigaciones preliminares:

—…y según el dictamen, la muerte pudo ser producida por el cortapapeles que empuñaba Chester Craig, al ser hallado. Existe, además, un escrito, de puño y letra de Chester Craig, la tinta reciente, y que expresa su clara intención de poner fin a su vida.

—Lea, Harris.

—Dice: «No teniendo aliciente esperar una muerte cercana, pido al Hacedor me perdone esta acción. Nadie sea culpado de mi muerte, obra de mi decisión y que me doy por mi propia mano. Chester Craig»… Ha llevado su meticulosidad al extremo de fechar y colocar la hora, señor. Y el perito calígrafo admite, sin duda alguna, como legítima escritura la de esta tarjeta.

—Entonces, puede ya cerrar la encuesta.

—Con su permiso, si bien daré por firme la tesis del suicidio, desearía privadamente una autorización para seguir mis pesquisas.

—Apura usted el caso hasta la hez, Harris. ¿Quiere algo más claro? Dictamen forense, testimonio del propio muerto…

—Hay ciertos puntos sospechosos.

—Bien. Autorizado. ¿Y qué hay del caso Silverton? Entonces, actuó usted a la inversa. Me pidió autorización para dar por legítima la muerte accidental, manteniéndola en secreto, de un desconocido, que apareció en el río, ahogado y degollado, llevando el chaquetón de Harper Silverton… pero que no era Harper Silverton.

—Silverton pudo desear que le diéramos por muerto. Supuso que alguna hélice destrozando la cara del muerto, le serviría. Y tengo mis razones para suponer que Silverton salió de Dartmoor con una consigna importante. Allá hay muchos secretos, señor. Yo encontraré a Silverton, y el mejor modo ha sido dando por bueno lo que él quiso hacerme creer, y que consta en los registros de Ahogados. Silverton supondrá que no lo he comunicado a su familia, para evitarles el dolor… Y me parece, señor, que hay una cierta relación entre la falsa muerte de Silverton, y la tesis de

suicidio de Chester Craig, cuya secretaria es Lucy Silverton.

—¿Sospecha de la hija de Harper?

—No. Pero ella sabe algo que me oculta, y lo he de averiguar.

—¿Tiene alguna pista sobre Harper Silverton?

—Supe que en Dartmoor se especializó en disfraces teatrales. Y he sabido también que él dictó el anuncio del «Times» que le valió a Lucy Silverton el empleo de la casa Craig, donde entró con el apellido materno.

—Algo complicado, pero no dudo que al final usted lo pondrá todo muy en claro.

—Esta es mi esperanza, señor. Buenas noches.

A las once de la noche, alguien deslizaba bajo la puerta del piso de los Silverton, un papel recio, cuadrado.

Y a las siete de la mañana, preparando el desayuno, la señora Silverton, al colocar sobre la mesa los huevos fritos con el tocino ahumado, vio la cartulina. La cogió, y leyó asombrada:

> «LUCY: NO TENGAS TEMOR, Y OBEDECE EN TODO LAS ORDENES DE CHESTER CRAIG. SERAS AMABLE CON HAROLD FOLKER DEL QUE PROCURARAS HONESTAMENTE GANARTE LA CONFIANZA. RECHAZA POR PELIGROSA LA COMPAÑIA DE LIONEL FLAMBERT. SIGUE SIEMPRE, CADA VEZ QUE LOS RECIBAS, LOS CONSEJOS QUE TE DAN.
>
> LOS MUERTOS QUE NO MIENTEN».

V

—¿Quién puede ser la persona que envía eso?

—Algún amigo del señor Craig, alguien que no puede presentarse personalmente.

—El señor Craig me decía que tuviera plena confianza en el piloto Flambert.

—No dicen que no es de confianza, hija, sino que su compañía puede serte peligrosa.

—Sé defenderme, madre.

—Se referirán, sin duda, a que hay alguien que trata de causar daño a Flambert, y por lo tanto, quien ande con él, corre riesgo.

—No sé qué hacer. Aconséjeme, madre.

—Lo prudente y lógico sería hablar con el inspector Harris, pero ya que prometiste guardar silencio al señor Craig, debes hacer honor a tu palabra. Pero estaré muy contenta, si encuentras otro trabajo, y ahora lo que debes hacer es poner en claro la documentación y cuentas para la señora Craig, y después buscarte otro trabajo, porque todo esto no me gusta nada, hija.

En el autobús, mientras se dirigía a la oficina de Craig y Compañía, iba meditando Lucy sobre las extrañas circunstancias que presentaba la muerte de Craig y el mensaje recibido de mano desconocida.

¿Por qué le aconsejaban «ganarse la confianza» de Harold Folker? Iba progresivamente adquiriendo una indefinible firmeza de propósito. Sin poderlo razonar, estaba dispuesta a seguir al pie de la letra los consejos firmados tan tétricamente, porque tenía una convicción: eran consejos dictados por una mano amiga.

Al disponerse a ir clasificando las carpetas que le permitieran presentar una especie de inventario a la hermana de Chester Craig, tuvo la sensación de que la sombría oficina y su piso alto desconocido, encerraban además de misterios, una amenaza indefinible.

De no existir su promesa a un moribundo, y cierta curiosidad aventurera en su íntimo ser, habría abandonado los brumosos Docks.

Al abrir, para ordenarla, la carpeta personal donde incluía la correspondencia por contestar, halló una cartulina gemela, idénticamente firmada:

Los MUERTOS QUE NO MIENTEN.

Leyó ávidamente:

> «ES IMPRESCINDIBLE PERMANEZCAS AQUI EFECTUANDO EL VIAJE NECESARIO QUE REQUIERAN LOS NEGOCIOS. NO DEBES TEMER NADA, PORQUE CUIDAMOS DE TI. MUCHA ATENCION AL INSPECTOR HARRIS, PORQUE ES ENDIABLADAMENTE LISTO Y DE MOMENTO PODRIA SER INOPORTUNO. NO HABLES DE ESTOS MENSAJES CON MARGARET CRAIG.»

¿Margaret Craig, también?… La confusión aumentaba. Hizo con esta tarjeta lo mismo que con la primera: encerrarla en un sobre lacrado, que colocó en un resquicio abierto en la madera, tras un armario.

Y súbitamente se envaró, mirando con aprensión en derredor. Era indudable que había una presencia humana en la casa. Miró hacia la cerrada puerta, que permanecía igual.

Sin embargo, los pasos cautelosos, eran claros, y aumentaban en volumen. A punto de chillar, incapaz de correr, sintió que un frío sudor invadía su frente.

La puerta que comunicaba con el piso alto se abrió, y lo primero que Lucy vió fueron unas botas altas, después un bombacho azul, por fin el prieto jersey gris, y el rostro insolente de Lionel Flambert, que sonriente se acercó.

Recuperó ella su normal respiración.

—Buenos días, Lucy. Sin querer, debo haberla asustado, a juzgar por su palidez. Mil perdones.

—¿Qué… está usted haciendo aquí dentro?

—Poseo una llave. Es hora de hablar claro, porque a las once acudirá usted a casa de los Craig, y antes de que siga usted metiéndose en más honduras, será conveniente alertarla.

—Ignoro a qué se refiere. De momento, estimo conveniente me dé usted sus explicaciones acerca de este allanamiento de morada.

—¡*Oh là là*!, no sea británicamente legalista, ya que se ventilan futuros o cercanos peligros que no tiene usted por qué afrontar.

El tono del piloto ya no era zumbón, sino casi seco y autoritario. Prosiguió:

—El asesinato de Chester Craig…

Lucy atajó:

—Si ha leído la prensa, sabrá que fué un suicidio, y así lo reconoce Scotland Yard.

—Fué un asesinato, que Craig quiso fuera presentado como un

suicidio, porque lanzar la atención de la policía sobre sus asuntos, era perjudicial para cierto trabajo que llevábamos él y yo. Quise que Craig le advirtiera del peligro de ser su secretaria, pero él estimó que, ignorándolo, usted no correría riesgo. En esto disiento, y estimo preferible que sepa usted que a Craig le puede acompañar usted, si persiste en quedarse aquí. Créame, y siga mi consejo.

—La señorita Craig, heredera, me ha pedido continúe al frente de esta oficina, y así estoy dispuesta a hacerlo.

—Entonces, hablaré más claro. De Ultramar vienen barcos que efectúan un contrabando de armas. Unos barcos que son suministrados en puntos de la costa inglesa, difíciles de controlar. Las armas son restos de arsenales ingleses, que deberían convertirse en chatarra. Craig y yo nos propusimos averiguar, primero, quién proporciona el armamento; segundo, cómo lo transportan y a qué punto de la costa, y tercero, averiguar dónde son desembarcados. Este tercer punto ya lo aclaré, y sé que las armas son adquiridas por cierta asociación sudamericana, que las revende a través del Pacífico, en Asia. Quedan dos puntos por aclarar, y en ello, llevaba trabajando estos dos últimos años. Ha muerto porque debió hacerse sospechoso, y su asesinato fué planeado en los Docks, que son un buen refugio para toda clase de negociantes sucios. ¿Va comprendiendo ahora, señorita Gibson?

—Le agradezco estas confidenciales explicaciones, pero siendo como soy simplemente la secretaria de los asuntos puramente comerciales de esta oficina de importación y exportación…

—¡Pero, atienda! Esta diferenciación no la tendrán en cuenta los desconocidos que ya han suprimido a Craig. Ellos trabajan en un asunto que les proporciona muy buenos beneficios, y si piensan que usted sabe algo que pueda comprometerlos, la suprimirán. ¿O es que no he sido suficientemente explícito?

—Le entiendo muy bien, señor Flambert. Y no desconfío, porque el señor Craig me afirmó que podía tener plena confianza en usted. Pero también prometí al señor Craig continuar aquí.

—Escuche, niña… Aquí no le cabe el recurso de acudir a la policía, puesto que… a veces el «Intelligence Service», debe trabajar a espaldas de Scotland Yard. Más claro, yo pertenezco, como pertenecía Craig, al Servicio Secreto, y la misma policía me ha detenido alguna que otra vez por escándalo público, y he pasado mis siete días de celda, como cualquier otro ciudadano. Si ahora mismo, usted dijera a Scotland Yard que yo soy del Servicio Secreto, ellos se reirían, porque me tienen fichado cómo poco recomendable. Es necesario que así sea, para que yo pueda deambular por los peores sitios de los Docks, sin suscitar recelos. ¿Va comprendiendo?

—Todo está claro, pero no cambia mi decisión.

—¡Diablos con la terca inglesita! —rió el martiniqués—. Escuche, no quiero exagerar las cosas, pero esta oficina huele ya a tumba. Usted es muy joven, bonita y sin experiencia, para que no sea un cargo de conciencia para mí, verla desafiar tan imprudentemente el siniestro mar encrespado donde además de Chester Craig, ya han naufragado otros dos agentes del Servicio Secreto.

—Usted sigue muy vivo.

—Porque esta oficina para mí no es peligrosa, ni lo son los Docks, ya que se me considera un piloto vulgar. Usted es distinto, porque aparte ser mujer, lleva los asuntos de Craig. Pueden los otros suponer que en toda esta documentación, hay algo que les puede desenmascarar.

—Correré el riesgo. Y si con ellos, consigo qué sean capturados los culpables del asesinato del señor Craig…

—Antes me rebatió al decirlo yo. Bien, ya he hecho cuanto juzgué conveniente para advertirla.

—Y repito que se lo agradezco.

—Vendré a las siete a buscarla. Ahora, no me vea solamente como un impertinente galanteador. Esta opinión de los demás, nos servirá, porque puesto que persiste en seguir la aventura, viéndonos por las noches al terminar su trabajo, yo podré avisarla si huelo peligros, y usted podrá informarme de lo mismo. ¿De acuerdo?

Titubeó ella un instante, y al fin se decidió:

—De acuerdo. Un convenio puramente comercial, señor Flambert.

—¡*Oh là là*!, no sea puritana, Lucy. Aunque andemos entre tinieblas o precisamente por esta misma razón, el divertirse inocentemente, no es dañino, sino un tónico. Hasta la noche, Lucy.

—¿Y… qué buscaba arriba?

—Algo que hubiera podido dejar Craig. Pero no había nada, y sin embargo tengo la convicción de que en uno de sus viajes por la costa, había encontrado el puerto escondido donde es embarcado el contrabando de armas.

—Tal vez la señorita Craig sepa algo sobre esto.

—Veré a ver. Hasta las siete, Lucy.

Al irse el piloto, sentíase Lucy muy animada. Tenía ahora una doble protección: la de los firmantes de aquellas cartulinas, y la de Lionel Flambert, agente del Servicio Secreto.

Comprendía por qué le aconsejaban rehuir la compañía de Flambert. No porque no fuera de confianza, sino porque siendo del Servicio Secreto, podía ser descubierto, con lo que corría peligro quien estuviera con él.

Iba cautivándole todo aquel misterio, y más cuando ya sabía con

certeza que Chester Craig y Flambert no eran «contra la Ley».

A las once, fué a Chelsea, para entrevistarse con Margaret Craig. A la plena luz del día, y pudiendo ya apreciar las cosas sin estar bajo una emoción que la impedía prestar atención a otros detalles que no fueran la misteriosa muerte de Craig, Lucy Silverton se dió cuenta que era muy distinta Margaret Craig de como la conoció la noche anterior.

Era bonita, severamente bonita, con una natural altivez que no resultaba ofensiva.

Y Lucy casi no se asombró, cuando en el saloncito encontró al piloto Lionel Flambert. Le parecía que era natural que el martiniqués, se encontrase por todas partes.

Leído el testamento que otorgaba todos los bienes a Margaret Craig, ésta indicó su voluntad de instruirse directamente en los negocios de importación y exportación de su hermano, para lo que, al día siguiente iría a la oficina, como aprendiza, hasta documentarse.

Formalizó un contrato, mediante el cual, aparte del mismo sueldo decretado por Chester Craig, Lucy percibiría el quince por ciento de los beneficios.

Todo ello lo presenció Lionel Flambert, como si gozara de la gran confianza y plena amistad de Margaret Craig, y sin embargo. Lucy tenía la convicción de que hasta aquella mañana ambos no se conocían.

¿Había Flambert revelado la verdad a Margaret Craig? ¿Eran… cómplices? Esta última idea la sobresaltó, horripilándola, pero en las tenebrosas luchas del Servicio Secreto todo era posible.

Después de almorzar, volvió a la oficina, y al bajar del autobús no se imaginaba que daba el primer paso hacia la más emocionante aventura.

Abrió la puerta, se sentó ante su máquina de escribir, con la carpeta de asuntos pendientes abierta, y después de comprobar que la de «Urgentes» no contenía mensaje alguno de sus misteriosos comunicantes.

Esperaba de un momento a otro la aparición de Harold Folker… Cuando llamaron y ella accionó el tirador, estaba convencida de ver entrar al piloto Flambert o al engreído Folker.

Pero el individuo que entró, era un excelente ejemplar de «cockney». El típico londinense de los barrios bajos, que muchas veces pasa su vida entera sin ir más allá de la ciudad.

Era de mediana estatura, joven y vestía con pretensión de deportista, una chaqueta de cuadros, un pantalón de franela gris, botas, un jersey verde y una gorra gris muy ladeada.

Llamaba la atención su muy rubio cabello y mostacho, así como

las peludas cejas, muy juntas sobre el caballete de la gruesa nariz. Llevaba gafas de cristal azul y montura de concha. Su acento era eminentemente «dockeriano» al preguntar:

—¿Estoy cierto de saludar a la señorita Lucy?

—Yo soy. ¿Qué desea?

—Saber primero si estamos solos —y como ella asintiera, prosiguió—: Es cosa de muy vital importancia. Va usted a emprender un viaje peligroso, y yo seré el que la acompañará para evitar «disgustantes» incidentes. Hágame la merced.

Tendió una cartulina, y ella leyó:

> «NUNCA CHESTER FUE AMANTE DE LITERATURA PERSONAL. LA CLAVE DEL MISTERIO DE SU MUERTE ESTA EN EL REPORTAJE QUE HA ESCRITO DE SU VIAJE AL CONDADO DE DEVON, A DONDE IRAS DESPUES DE LEER ATENTAMENTE ESTE ARTICULO ESCRITO POR EL, Y QUE GUARDA EN SU COFRE DEL PISO ALTO. AVERIGUARAS ALLI TODO. SIN TEMOR, QUE VAS BIEN ACOMPAÑADA.
>
> LOS MUERTOS NO MIENTEN».

VI

Lucy Silverton preguntó ansiosa:

—¿Es usted uno de los que… firman?

—No. Y por el momento, agradecería no me preguntase más, señorita. Debe leer el artículo sobre Devon, y debemos ponernos en camino al instante. Escriba una nota para su mamá y para la señorita Craig. Debemos ponernos en camino ahora mismo. Puede leer por el camino, en el tren. Y tener plena confianza en mí.

—No sé aún ni su nombre.

El individuo se quitó la gorra, mostrando una profusa pelambrera de un rubio esplendoroso. Dijo solemnemente:

—Tengo el honor de llamarme Bertram Hilton, nacido en Scho, de estado soltero, de edad treinta y dos, y de profesión, varias.

—Antes, de… Usted sabe ya quién es Flambert, ¿no?

—Lo sé.

—¿Por qué, entonces, no hablamos con él?

—Es asunto aparte, por completo. Son investigaciones distintas.

—Tengo que subir arriba para coger el artículo.

—La acompaño. Tengo ganzúa, y si no sirve, tengo dedos.

Poco después, en el piso alto, Bertram Hilton abría la caja empotrada tras un cuadro. Demostraba ser muy hábil en saber encontrar un cofre oculto, y más aun en abrirlo.

En la caja no había más que cinco cuartillas cosidas y escritas a mano, de puño y letra de Chester Craig.

La primera decía:

> «Léanse con atención mis impresiones del Devon, porque son altamente instructivas».

—Flambert dice que seguramente el señor Craig murió por haber hallado o por haber estado a punto de hallar el lugar del contrabando. Pero no le dijo nada.

—Y aquí estará escrito. Usted es de letras y cultura. Yo sólo soy su «ángel».

Sonrió, nerviosamente, ella. La palabra «ángel», significaba en los barrios bajos, el protector.

—Pero, ¿dónde vamos, a fin de cuentas, señor Hilton?

—Debe llamarme Hilton, y figuraremos ser hermanos. Vamos rectamente al nudo, al hueso, a la pepita del Devon. Me refiero,

pues, a Exeter. ¿Conoce el Devon?

—No.

—Yo sí, casi como mi bolsillo. Fui unas vacaciones enteras. Pero yo no sabría leer bien el artículo. Sale un tren a las cuatro cinco, señorita. Vamos.

—Es que… así de pronto, con quien como usted…

Alzó Hilton una mano ancha, musculada. Casi con cara de ultrajado, y su tono expresó ofensa:

—Es sensible que lo misterioso no permita nunca ser lógico. Tiene o no tiene confianza en los señores que me mandan. Si la tiene, vamos; si no la tiene, me voy.

—Vamos —concedió ella, resignadamente—. Sea lo que sea, hay que salir de dudas, y que el señor Craig sea vengado.

—Muy bien dicho. Adelante, pues, y no tenga temor. Yo sé pisar, sé olfatear y sé navegar.

Escribió ella rápidamente una tarjeta para Margaret Craig, y después telefoneó a una vecina para que dijese, a la señora Silverton que no iría a cenar ni a dormir, retenida en casa de los Craig por el mucho trabajo.

Y cerrada la puerta de la oficina, cuando subió al autobús en dirección a la estación, Lucy Silverton estaba excitada. Emprendía un viaje cuyo final ignoraba, en compañía de un excéntrico «cockney», en el cual tenía confianza… porque sin conocerle, sentía algo familiar en él. No le conocía, y sin embargo le parecía haber estado siempre con él.

***

Harper Silverton se mesaba los blancos cabellos, porque dificultosamente iba componiendo un mensaje sobre una cartulina. Empleaba letras mayúsculas, y cada una le costaba un esfuerzo.

> «DEBES HACERTE LA IGNORANTE CON HAROLD FOLKER, Y QUE ESTE TE COJA AFECTO. LIONEL FLAMBERT CORRE PELIGRO DE MUERTE, Y DILE QUE SE VIGILE MUCHO. PRONTO SABRAS LA VERDAD. EN DEVON VERAS SEGURAMENTE A FOLKER Y A FLAMBERT. MUCHO CUIDADO, PERO VAS BIEN ACOMPAÑADA.
>
> LOS MUERTOS NO MIENTEN.»

Escondió precipitadamente la pluma, el tintero y el papel en una alacenita, y fué a abrir la puerta del cuartucho en que se hallaba. Se alojaba en el piso alto del «Parrots».

El que entró era Harold Folker, el dueño del «Parrots».

—Mal asunto, Harper. Ni estaba ya el artículo escrito por Craig sobre el Devon, ni estaba tu hija tampoco. Es seguro que el agente Flambert la llevó consigo al Devon.

—¿Para qué iba a llevarse a Lucy, la pobrecilla ignorante?

—Para disimular, como si fueran de vacaciones.

—Es posible, es posible.

—¿Sabes quién está abajo?

—No.

—Lipps. Le dieron la condicional.

—Tráeme acá a ese granuja; tráemelo.

—Ahora subirá. Tú y él iréis al Devon.

—Bueno. Pero ahora déjame decirle cuatro cosas a ese zorro.

Poco después de irse Folker, entraba Lipps, el compañero de celda de Silverton.

—Hola, conde —saludó riendo—. Me dieron la llave de los campos.

—Parece mentira, parece mentira, hombre… Me envías al «Parrots», sin decirme que el dueño era Harold Folker. Y cuando estoy a punto de matarme con él, éste me ofrece la mejor oportunidad de mi vida. El ganarme cien billetes de mil, la gran fortuna.

—Yo no podía decirte quién era Folker, como tal dueño, antes de que te entendieras con él. ¿Y qué lío es éste de tu hija de secretaria del tipo que mató Folker?

—Ya lo sabrás en el mismísimo Devon.

—¿Y qué cara vas a usar, la tuya o la de un presbítero?

—Veremos el disfraz que mejor me convenga. Ahora, ahueca, Lipps, que hemos de recibir las últimas órdenes del patrón.

***

En el tren, Lucy Silverton, en voz alta, fué leyendo despaciosamente lo escrito por Chester Craig, para que entre los dos, pudieran adivinar el oculto mensaje contenido en aquellas líneas, al parecer simple relación de lo típico y hermoso del condado.

> «El Devon está colocado bajo el emblema del rubí. Su suelo es de un ocre rico, su ganado es carmesí, sus setos son braseros de fucsia escarlata, las mejillas de las muchachas son de un vivo sonrosado, y las rocas que bordean la costa sur del condado, son aún más rojizas que todo el conjunto de la comarca.

»Pero es un rojo el de Devon que no tiene nada de siniestro. Es la sana y ruda coloración de una salud a toda prueba. Desaparece en parte al llegar la primavera, bajo el tapiz apretado, pulido y luciente de los pastos que hacen de ese condado la principal región de ganadería de Inglaterra.

»De todos los lugares donde los ingleses gustan de pasar sus vacaciones, el Devon es el más popular, a justo título. Esta popularidad no se debe enteramente a la rica crema amarilla y grumosa que los visitantes extienden generosamente sobre sus *puddings*. Ni a la sidra, que se desparrama en todo el país con la misma prodigalidad que el agua. Aunque estos elementos no dejen indiferente el estómago del turista, el Devon debe ante todo su favor entre los veraneantes, a sus dos costas marítimas.

»La costa norte es áspera y rocosa; como dice el poema:

»Desde la punta Funeral al faro de Loyche, una tumba se abre de día y de noche…

»Pero entre estos granitos amenazadores…»

—Perdón si la interrumpo, señorita Lucy —dijo Hilton—. Yo no soy de letras. ¿Quiere, repetirme el poema?

—¿Cree que es la clave? Dice: «Desde la punta Funeral al faro de Loyche, una tumba se abre de día y de noche». ¿Cree que…?

—No creo que el señor Craig pusiera las cosas tan claras, ya que para señalar el sitio del contrabando, si fuera éste, no le era preciso emplear tanta paja sobre la sidra y la crema del Devon. La oigo muy gustoso. Lee usted maravillosamente.

«Pero entre estos granitos amenazadores y sus viejas rocas de gres roja, se extienden playas de arena, amplias y espaciosas, que son, la delicia de la infancia.

»Todo el litoral está cubierto de buscadores de conchas y mariscos. Entre las rocas hay profundos estanques llenos de hierbas marinas, donde los jóvenes pasan horas soleadas pescando gambas y langostas y cangrejos, mientras que sus mayores dormitan en sus sillones a la sombra de los tamarindos o jugando al golf en las dunas.

Reprimiendo un bostezo, Bertram Hilton comentó:

—Todo literatura, y yo soy de acción violenta. Pero hay que escuchar con atención, ya que, según parece, éste es el hilo que nos

llevará a la solución del misterio.

—Así parece, mas por ahora…

> «Y la variedad de paisajes es grande. Los Terreros de Bramarton son un lugar tan desierto en la costa, que si os extraviáis, lo cual no es difícil, quedaréis extraviados, lo que no es agradable, y en cambio apenas a doce millas, en Ilframcombe, casi tenéis que andar sobre la cabeza de los bañistas si queréis alcanzar la orilla.
>
> »En Ilframcombe, podéis coger una lancha hacia la isla de Loyche, una alta plataforma granítica de tres millas de largo, y alejada de la costa unas quince millas, y que fué antaño la guarida de piratas y ladrones del mar.»

—¿Será la isla de Loyche, a donde nos quiere llevar el señor Craig?

—Puede que sí, pero puede también que no. Está demasiado claro, y en nuestro caso debemos menospreciar lo que está demasiado claro. Compréndalo. Si el señor Craig quiere significarnos el sitio donde los contrabandistas trabajan, no escribiría cinco cuartillas con vaguedades, y diría: «Id a Loyche». Por lo tanto, yo descartaría Loyche.

—Seguiré, a ver si descubro el misterio de la clave.

> «La isla de Loyche posee una completa autonomía. Tiene sus propios sellos de correo, y su moneda que no tiene curso en el resto de Inglaterra. Sellos y moneda están grabados con una bañista zambulléndose.
>
> »Los Visitantes de la Isla, muchas veces permanecen allí más tiempo del que habían premeditado, debido a la intervención del viento sudoeste, que impide a cualquier navío atracar a veces por varios días con sus noches.»…

—Descartada la isla—interrumpió Hilton.

—¿Por qué?

—Es sencillo. Unos contrabandistas nunca pueden estar a merced de un viento que les impida descargar el alijo o partir. Tienen por costumbre hacer sus operaciones a hora fija. Por tanto, está claro que el señor Craig, al mencionar este viento sudoeste, nos indica que descartemos la isla de Loyche.

—Muy atinada observación, señor Hilton.

—Puede llamarme Bertram, porque el «señor» me aturrulla.

> «Un lugar muy típico también es el Dartmoor, una de las extensiones más desoladas y salvajes de toda

> Inglaterra. Ocupa cerca de cuatrocientas millas cuadradas, áspera y mortecina, dominada por una serie de picachos fantásticos denominados Tors.
>
> »En el corazón del Dartmoor se halla un pantano desecado que lleva el nombre de Cranmere, y que rodeado de arenas movedizas, es casi impracticable. Se considera una proeza el hecho de poder llegar al antiguo pantano de Cranmere.
>
> »Una caja de aluminio está escondida en una grieta de la ribera, para recibir las cartas de los muy raros e intrépidos viajeros que se han arriesgado hasta esta «Ultimae Thule».
>
> »Es costumbre, al mismo tiempo que se deposita la propia correspondencia, extraer las pocas cartas dejadas por el anterior explorador del Dartmoor, e ir a la oficina de Correos más próxima, a unas diez millas.
>
> »Un sello especial que lleva el nombre de Cranmere, es colocado sobre estas cartas, y sus destinatarios las guardan como objetos preciosos.
>
> »No hay carretera ni sendero alguno que conduzca a este llano de barro. Pero como varios de los principales ríos del Devon, el Dart, el Taw, el Tavy y el Teigh, nacen a unos centenares de metros del pantano desecado, los intrépidos decididos a «explorar Cranmere» remontan uno u otro de estos cursos de agua hasta su fuente, y una vez en ella, pisan con mucho cuidado el suelo para no ser devorados por las movedizas arenas, y fiándose de su instinto para llegar hasta el más fantástico y extraño buzón del mundo entero».

—¿Qué opina de este buzón, señor Hilton?

—Demasiado explícito, «milady».

—No soy lady.

—Ni yo señor.

Rió ella, alegremente:

—Me agrada su compañía, Bertram. Me da valor y confianza. Entonces, ¿descarta el buzón de Cranmere?

—Al final, se lo diré. Pero repito, que si Craig quiso indicar el secreto lugar de cita de los contrabandistas, valiéndose de este medio, no lo hallaremos a la primera lectura.

> «Esta landa de Cranmere no posee ni una sola casa, ni veréis habitantes. Acaso huesos blanqueados de animales extraviados que no pudieron poner las patas en tierra

firme, y que las arenas una vez los hubieron devorado, echaron fuera. Esta landa, llamada *moor*, es la más tétrica que jamás ojos vieron. El único pájaro que la habita, es el cuervo.

»Sin embargo, todo en rededor del *moor* de Cranmere, hay una franja de alegres aldeas, y algunas granjas, cuyos poseedores, han intentado ganar tierra al *moor*, pero han sido vencidos en sus intentos. Una canción de las más populares del Devon, expone; el horrible destino de los tres viajeros que en noche de Animas apostaron que a lomos de la yegua gris atravesarían el Cranmere, porque conocían senderos. Desaparecieron, y, ciertas noches, la yegua gris ronda por el Cranmere, envuelta en espectral blancura, oyéndose sus relinchos.

»Al sur del *moor* de Cranmere empieza la región costera del Devon meridional, suave, lujuriosa, llena de caletas, y paraíso de los aficionados al arte de la vela.

»Antaño, estas caletas ofrecían un refugio de primera clase a los contrabandistas…»

Se interrumpió ella, pero al ver la mueca escéptica de Bertram Hilton, prosiguió leyendo el mensaje póstumo de Chester Craig:

«…los contrabandistas que izaban los encajes de Bélgica y los jarros de aguardiente francés, por senderos empinados, medio ocultos por hierbas y matorrales, y lo justamente anchos para darles paso con su mulo y alforjas.

»Desde Plymouth hasta Sydmouth, toda esta costa es una delicia para los ojos durante el día. Tenebrosa y sombría por la noche, es poco transitada al desaparecer el sol, porque los naturales os citarán cientos de ejemplos de lo que pasó a fulano a mengano, que paseando por la orilla se tropezó de pronto con un pirata gigante, pata de palo, que le hizo aspavientos, o con un pequeño velero timoneado por un esqueleto.»

Dejó ella de leer, para volver atrás las cinco páginas, y mirar la parte alta con curiosidad. Dijo:

—Hay un error de numeración. No están las cuartillas trastocadas, y sin embargo, donde debe estar el número 2 dice 5, y viceversa. El señor Craig era un modelo de meticulosidad y organización.

—¿El 2 donde el 5 y el 5 donde el 2? Eso me huele a lo que los

señores de letras, llaman «cartografía».

—Criptografía, Bertram, que es la ciencia de descifrar claves.

—Da igual como se llame, si usted lo descifra, ¿no?

—Pero es que yo no entiendo de criptografía. Es muy difícil.

—Vayamos con sensatez y mesura. Si el señor Craig, un caballero organizado, marcó 5 donde debía marcar 2, lo haría con muy poderosas razones. Yo de pequeño sabía un juego. Decíamos por ejemplo…

Y apresuradamente replicó Hilton:

—«Espauspetedpidepolipuciopasape.»

Volvió a reír ella, agitando un índice:

—Conozco este juego, Bertram, y no vale piropear así.

—¿Cayó? Bien, si colocábamos de niños las sílabas «pa, pe, pi, po, pu» entre las sílabas de la verdadera frase, partamos de este principio, a ver si el señor Craig colocó en la línea 5 ó en la letra 2… En fin, usted vaya viendo. Yo no sé mucho de letra.

Animada por aquel principio de aventura, ella sonrió al replicar:

—Eso de colocar la letra 5 en la línea 2, y viceversa, es parecido al dilema del loco que bajo un farol y esperando a su novia, mira su reloj y dice: «Ya no sé si me dijo que la esperara el miércoles a las seis o el seis a las miércoles.»

—Me agrada su espíritu animoso, Lucy. Vea a ver que pasa, leyendo la hoja 2 saltando 5 líneas.

Leyó ella, y salieron tres líneas sin sentido ninguno.

—Pruebe ahora leer la hoja cinco saltando dos líneas.

Dió el mismo resultado. Bertram Hilton se quitó la gorra, rascándose, poco elegante pero elocuente, la coronilla.

—Salte dos palabras cada cinco de la hoja dos, y después lo mismo con la hoja cinco.

Lo hizo ella, riendo al comprobar la absoluta falta de coherencia de lo así leído.

—Sugiera otra cosa, Bertram. Es usted más listo que yo, en este juego de adivinanzas.

—Una adivinanza que puede encerrar muerte para alguien, Lucy. No se lo reprocho, al contrario. Pasemos a otra prueba. Lo cierto es que parece que el señor Craig quiere que nos fijemos en los números 2 y 5. Lea la palabra veinticinco.

Contó ella, y dijo:

—La sílaba «de», que es preposición.

—Lea la que sigue contando otras veinticinco.

—«Más».

—¿«De más?» No sirve. Lea la palabra cincuenta y dos. Tenemos aun horas de viaje.

—La cincuenta y dos dice: «que».

—¿Tan de prisa?

—Sumé las veinticinco primeras con las segundas, y salió la cincuenta y dos.

—No sirve. Bajaremos el dos y cinco en suma, que da siete, y en multiplicación da diez. Vea cada siete…

A la media hora, Lucy Silverton murmuró, tras repetidos fracasos:

—No servimos para criptógrafos, Bertram. Creo que Flambert, por ser del Servicio Secreto, sí que lo acertaría.

—A Flambert le conozco, y lo que haga él, lo hago yo. ¡Faltaría más! Déjeme estas cuartillas, y si tiene un lápiz, mejor.

Ella miró el paisaje del llano del Támesis, mientras Hilton se enfrascaba en manipulaciones del lápiz, recorriendo las líneas de las cinco cuartillas.

Lucy Silverton pensaba que había gestos, cosas, algo indefinible en Bertram Hilton que la hacían creerse en compañía de alguien muy familiar.

Sin embargo aquella gruesa nariz, aquel cabello, el acento no le eran familiares… Después pensó en el piloto Flambert y en Margaret Craig, hermanastra de Chester.

Por último en Ronald Harris, el atildado y bien hablado inspector. Sobresaltóse, porque en rededor de su abrazo se crispaba una mano.

—¡Ya está, Lucy! Óigame atenta —y con voz lenta, silabeando casi, leyó Hilton—: «Izando Dart, abandona Abadía Foxmouth, buzón Cranmere». Son siete palabras, ¿verdad? La suma de dos y cinco. Y he obtenido estas palabras, leyendo hacia atrás desde la palabra final, cada treinta y cinco palabras. ¡Y no cabe duda alguna!

—Pues yo no entiendo, y perdóneme, Bertram.

—Porque no conoce el Devon. El Dart es el río que desemboca en el puerto de Dartmouth. Un puerto lleno de acantilados y bahías. Izando significa que el alijo, o sea la carga de contrabando, se lleva Dart abajo, partiendo desde la abandonada Abadía de Foxmouth, llamada así porque era antes el lugar donde unos trapenses daban de comer a los numerosos zorros que abundan allí. Todo esto lo supe, porque me tocó de compañera de mesa en la fonda de Torquay, una charlatana maestra de escuela.

—Esto parece tener mucho sentido, Bertram. ¿Y qué significa, entonces, el buzón Cranmere?

—A lo mejor, que es donde ponen sus cartas para darse cita los que vienen a recoger y los que lo llevan el contrabando. ¡Caramba, qué listo soy mejorando lo presente!

—Lo es, Bertram. Entonces, usted opina que el señor Craig fué asesinado porque había descubierto el lugar donde los

contrabandistas esconden, el armamento robado, y la vía por donde lo trasladan al velero.

—Exacto. El señor Craig, el mismo día en que fué asesinado ante la puerta de su casa, venía de Exeter, el pueblo más cercano a la Abadía de Bocazorro. Está claro ver lo que pasó. Alguien le siguió en el tren, delante de su casa, le apuñaló.

—¿Por qué no por Exeter, en la Abadía o en el tren?

—Para no llamar la atención de la policía sobre estos lugares.

—Oiga... ¿Sabe que si lo quisiera, sería usted un excelente policía?

—Sálveme el Creador de tal caída. Ahora vamos a planear la cosa. Usted se quedará en Exeter, mientras yo visite la abadía.

—¿Por qué he de quedarme?

—Usted es una mujercita impresionable...

—Empecé y termino; ¡vaya que sí! Además, no me quedaría sola en Exeter. Si me ven allí, y saben que soy la secretaria de Craig, a solas, sin usted, correría más peligro. ¿No es mi «ángel»?

—Cierto que sí. Vale por la Abadía, pero el pantano de Cranmere, no.

—¿Qué piensa encontrar en la Abadía?

—Nada o mucho. Si han dejado allí cajas de armas, habrá huellas. De día van muchos turistas a la Abadía. No llamaremos la atención.

—Preferiría comunicar con Flambert.

—Tengo su fuerza, tengo su descaro y tengo su listeza, si me lo propongo, aunque no sea del Servicio Secreto.

—Si no es del Servicio Secreto, ¿por qué se toma todo este trabajo, Bertram?

—Lo sabrá muy pronto, tan pronto le quite yo la careta al jefe de los contrabandistas. Faltan ahora tres horas para llegar a Exeter. Con su permiso, dormiré, porque esta misma noche pienso visitar la Abadía.

—¿No tiene miedo a los fantasmas?

—Bajo la sábana, si se pega un palo, se encuentra carne. Es un truco viejo. Mire, de cada cien fantasmas que recorren el campo inglés, yo puedo irle diciendo el pelaje de noventa y nueve.

—Es usted una enciclopedia. Me interesa su charla. Es tan instructiva como la de mi padre.

Torció el gesto como disgustado Bertram Hilton, pero ella no lo percibió.

—En el castillo de Liven, había tres blancos espectros arrastrando cadenas, y en el poblado nadie se acercaba a menos de una milla. Un policía se metió una noche, también envuelto en una sábana, y arrastrando un cadenón. ¿Y sabe lo que descubrió?

—Una banda de monederos falsos que trabajaban en los sótanos, y las cadenas disimulaban el ruido de la máquina de troquelar.

—Ah… Lo leyó en la Prensa. ¿Y el duendecillo iluminado de la llanura de Cornualles? ¿Leyó?

—No.

—Era un niño de ocho años, vestido de gnomo con ropas fosforescentes, que brincaba agitando un tridente, y asustando a los caminantes por cierto sendero, que en dos noches nadie paseó. Y así, un enamorado ingenioso se entrevistaba nocturnamente con una viuda, que quería pecar pero sin perder su fama de honesta.

—Gracioso. ¿Y supone usted que si hay fantasmas por Cranmere o por el Dart, serán contrabandistas que desean deambular sin testigos?

—Exacto. No falla. Lo sabremos llegando a la fonda.

En la fonda elegida por Hilton, cenaron. Tenía el aspecto medieval del condado, y las mismas bombillas eléctricas lucían pero englobadas en linternas y quinqués postizos.

Bertram Hilton entró en animada charla con la criada, y era muy entretenido para Lucy, ver como el londinense, adoptaba aires de badulaque maravillado, al escuchar las respuestas a sus preguntas de turista.

—No habrá fantasmas, supongo —insinuó Hilton.

—Sin ir más lejos, señor. Hace ya más de seis meses, que los viernes en que la luna está en el último menguante, hay la sombra de un monje trapense tocando el violín por la Abadía, y río abajo han visto balsas con otros trapeases.

—¿Tocan también el violín? —inquirió muy serio, Hilton.

—Estos, no. Estos tienen la capucha sobre la cara, manos en las mangas y cantan oración de muertos.

—¡Sopla! Cualquiera se pasea los viernes de luna menguante por el Dart. Esta noche nos bastará recorrer la ciudad. ¿Vamos hermanita?

Ya en la calle, dijo Hilton:

—¿Vió? Noche sin luna, balsas, sayal de color tierra, violín en la Abadía…

—Hoy es viernes —apuntó algo trémula, ella.

—Pero hay luna llena. Y sin embargo, «Los Muertos que no Mienten», han ordenado que vengamos hoy mismo.

—Sí. Hemos de ir a la Abadía.

—Quédese en este café, mientras voy a buscar dos cosas muy necesarias. Volveré antes de media hora.

—Dígame, al menos, qué va a buscar.

—Un violín y dos sayales de trapense.

Ella, se quedó boquiabierta en el umbral del café. Bertram

Hilton estaba ya lejos, caminando a pasos apresurados.

Poco después, Bertram Hilton entraba en la comisaría central de la ciudad de Exeter. El sargento de guardia le miró con benevolencia. Algún turista que había perdido algo…

—Buenas noches, sargento. Quiero hablar en el acto con el jefe.

—Conténtese conmigo —replicó el sargento, menos benévolo al oír aquel tono autoritario—. Y empecemos por el principio.

—El principio es que si dentro de dos minutos no estoy en comunicación con el comisario jefe, sabrá usted quién es el inspector Ronald Harris, de Scotland Yard.

—Vaya…. ¿Y quién es el inspector Harris, de Scotland?

—Yo mismo —dijo, con aplomo, «Bertram Hilton».

El sargento le miró con más enojo. Refunfuñó, descolgando un teléfono:

—Si es una broma pesada, le costará seis días de celda.

—Adelante, sargento.

El sargento habló por teléfono:

—¿Señor Comisario Potter? A sus órdenes. Un caballerete de traza «cockney» me exige urgentemente hablar con usted, diciendo que es de Scotland Yard.

Aguardó la respuesta, y replicó:

—A la orden, señor comisario.

Llamó a un agente.

—Acompaña a este caballero al despacho del jefe.

Cerró «Hilton» la puerta a sus espaldas, y avanzó hacia la mesa, tras la que un individuo de rostro colorado, le miró en silencio.

—Soy Ronald Harris, inspector de Scotland, señor —declaró el visitante, sin el menor acento—. Ruego dé la orden para que me traigan aquí un violín y dos sayales trapenses. Uno, de mi talla; el otro, para un cuerpo esbelto de metro sesenta.

El comisario descolgó el teléfono:

—Sargento Travers: Al instante que vayan a la guardarropía del «Opera House», y recojan dos sayales trapenses, uno para mi visitante, otro para un metro sesenta esbelto. Y un violín con arco. Al instante. Espero.

Colgó, y cruzó las manos, mientras Harris se sentaba.

—Brevemente le contaré, comisario. Murió en extrañas circunstancias un caballero llamado Chester Craig, al parecer suicidio, pero era asesinato. Vigilé su secretaria y las oficinas, hasta que vi a un individuo que conozco perfectamente, aunque iba disfrazado, y que se llama Harper Silverton, que deslizábase al interior de la oficina Craig. Es un experto en visitar casas y cofres ajenos, pero no al servicio de la Ley. Cuando salió, entré y leí lo que había dejado en cierta carpeta. Lo cogí, y adopté mi único disfraz,

que me ha servido mucho para recorrer los docks, donde bajo esta apariencia, me conocen por Bertram Hilton. Y aquí estoy con la señorita secretaria de Craig, tras la pista del asesino de Craig y ciertos contrabandistas de armas. Esta noche quiero visitar la Abadía, y por esto he pedido los sayales y el violín. Si pasan dos días con sus noches, y no vuelvo a visitarle, haga vigilar discretamente el Dart, el buzón de Cranmere, y la Abadía. En estos lugares está la clave.

—Muy bien, inspector. ¿La señorita secretaria le conoce?

—Me cree Bertram Hilton, y no puedo decirle otra cosa, hasta que no acabe de ver claro todo el enmarañado juego que se trae Harper Silverton.

—¿Necesita algún agente?

—Por ahora, no; gracias.

—La Abadía está muy solitaria, inspector.

—Mejor para mis fines.

Hablaron unos instantes más, y tocando en la puerta, entró un agente llevando un fardo que depositó sobre la mesa.

A los veinticinco minutos de haberse separado de ella, el inspector entraba en el café, y sentándose junto a Lucy, dejaba el fardo en el banco entre los dos.

—Los sayales y el violín, Lucy.

—¿Dónde los consiguió?

—En el «Opera House».

—Es usted un talento, Bertram. Y estoy excitadísima. He estado pensando, y estimo muy acertado el disfraz para visitar la Abadía… si no aparece un policía y nos da con un palo para saber si hay carne en los dos trapenses fantasmas. ¿Dónde nos vestimos?

—En las afueras, junto al río. Vamos, Lucy. Tenemos ya el primer hilo de la madeja.

VII

Habían caminado ya durante media hora, y empezaba a sentirse fatigada, cuando su acompañante, que iba delante, anunció:

—Faltan menos de dos millas, y se ven ya las torres de la Abadía, Lucy. Vaya a aquel grupo de encinas, y revista el sayal. Seguiremos andando río arriba.

Cuando Lucy Silverton se vió envuelta en los amplios ropajes pardos, calada la capucha, sintió miedo.

Se tranquilizó viendo entre el boscaje, la otra silueta decidida, que llevaba bajo el brazo un violín.

Corrió hasta reunirse con él.

—¿El violín, para qué?

—No sé tocarlo, pero ellos lo emplearán para dar más impresión de misterio.

—Tengo un poco de miedo, lo confieso. La noche, este silencio, ni un alma, el susurro del río y los árboles cuyas ramas se mueven…

—Piense que hay sol, y adelante. Pero si quiere, puede sentarse aquí, y yo la recogeré a la vuelta.

—No me quedaría aquí a solas ni por todo el oro del mundo.

Las formas confusas y redondeadas de la Abadía iban surgiendo, cercadas por alta tapia blanca, tras la que se erguían solemnes y tristes las agujas de cipreses que formaban un cuadro de inmóviles centinelas en rededor del edificio.

—Hay… hay tumbas allí… Lo he leído en el café…

—Los muertos nunca hacen daño a nadie.

—Pero… si alguien no tiene miedo de los fantasmas, nos puede… soltar un balazo.

—Sólo se oyen nuestros pasos, Lucy. Ande, y siga animosa hasta el fin. Ya faltan minutos.

—Tengo ganas de reír y gritar. Está usted tan raro con este ropaje… que si se viera.

—La veo a usted, y me basta. Ahora, cállese un momento.

Estaban junto a la tapia, en la margen del río, que habían cruzado por un pequeño puente rústico. En el blanco muro se divisaba la sombra de una puerta, hacia la que se encaminó el inspector.

Un graznido repentino, hizo que Lucy se precipitara encima de Harris, susurrando:

—¡Allí!

De la cima de un ciprés, una sombra negra se agrandó…

—Un cuervo, niña. Graznan pero no muerden. Adelante.

Empujaba ya la puerta, que resistía, hasta que rechinando sobre sus goznes, se abrió, dando acceso a una explanada de una veintena de metros de ancho.

Al fondo, los muros semiderruidos de la Abadía, hablaban de completo abandono.

Entre dos cipreses, Lucy Silverton se santiguó. Por el suelo y a trechos, blancas lápidas soportando una cruz de tosca madera, denotaban la existencia de tumbas.

—Estudié el plano de la Abadía. Aquella puerta es la del ábside central, y a ambos lados están las celdas y el refectorio. Al final, al fondo, la biblioteca. No hay un solo mueble ni libro. La escalera que conduce al sótano, donde los trapenses cultivaban setas, se abre en el refectorio, que es donde vamos a ir primero. Sígame.

La última palabra era innecesaria, porque Lucy Silverton casi pisaba los tacones, del inspector, mirando hacia atrás, y caminando gracias a que asía la manga de su guía.

El ábside aparecía enorme en su desnudez. Por las altas vidrieras de colores, penetraba luz de luna.

Aquel monasterio que contuvo un siglo antes ciento veinte trapenses, y que fué abandonado al morir la mayoría en una epidemia de tifus tenía una topografía sencilla.

Harris encendió una linterna, cuando penetraron en el refectorio. Y aquella luz dió cierta tranquilidad a Lucy Silverton.

—Si los contrabandistas han elegido este lugar para esconder las armas que roban de los arsenales, no las colocarán en el ábside, ni en las celdas, ni aquí, si acaso en el sótano. Vamos a ver.

—Vaya con cuidado, Bertram. Abajo, puede haber alguien.

—Es sencillo. Si es contrabandista, nos tomará por colegas. No hay ya que temer nada.

Empujó la puerta, que, al abrirse, no dejó oír el menor ruido.

—Han aceitado los goznes de esta puerta —comentó Harris—. Apóyese en mi hombro, porque estos peldaños están húmedos y resbalosos.

El foco de la potente linterna iluminaba, al término de los ocho peldaños un sótano largo, de suelo mohoso, desnudo de todo objeto.

Se arrodilló Harris, tocando el moho…

—Es curioso. Aquí han andado no hace mucho, pero no han transportado cajas ni las han dejado.

—¿Cómo… esto… cómo lo adivina?

—Las cajas, al ser depositadas en este suelo, habrían aplastado el copioso verdín. Hay huellas de pasos recientes…

—Ya… hemos visto que… no hay nada. Vámonos… hace frío,

terriblemente frío… ¡Ay, mamá!

Y Lucy Silverton se precipitó en los brazos del inspector, temblando convulsivamente.

La diestra de Harris, empuñó la pistola que había sujetado por el centro con una correa a su antebrazo izquierdo, bajo la ancha manga.

Claros, distintos e impresionantes, acababan de sonar unos compases melódicos, extraños, de música poco corriente…

Harris susurró:

—Un órgano. El órgano del ábside. Alguien lo toca.

—Un… ¡duende!…

—Un cuerno. Estese quieta. No hay nadie aquí dentro. Yo subiré a ver.

—¡No me deje sola, por lo que más quiera!

—Cállese, y obedézcame. Cerraré la puerta al salir, y no correrá peligro.

Empezó a subir la escalera y ella fué tras él. Desistió Harris de insistir, limitándose a atravesar el refectorio, con los brazos cruzados y las manos metidas en las mangas, la diestra palpando la culata de la pistola.

Al llegar al ábside, se detuvo.

En el órgano, volviéndole la espalda, un tercer trapense estaba tocando suavemente «La Catedral Sumergida», de Debussy.

Ronald Harris, entregó el violín a Lucy, y avanzó pausadamente, la capucha calada, como la mantenía el organista.

Se detuvo junto al órgano, y el que tocaba, alzó las dos manos de encima del teclado.

Nada tuvo de místico su saludo:

—Hola. No debiste meterte en el sótano, que ya sabes que donde nos reunimos es aquí, en el ábside. ¿Es Jim o Terry el que te acompaña?

—Terry —ronqueó Harris—. He pillado un catarro.

—Di mejor que habrás pillado una cogorza como acostumbras. ¿Por qué lleva Terry el violín de Jim?

—Preguntas más que un juez, ¡maldición! Sigue tocando, y déjanos en paz. ¡Tú, Terry, siéntate, y descansa! Este preguntón nos va a tocar lo que le dé la gana.

—Tú lo has dicho —replicó el organista.

Mientras sus dedos recorrían el teclado, en un rincón, Lucy Silverton más que sentarse, se dejaba caer desplomada.

La música arcaica sonó inundando el ábside, desparramando las profanas pero místicas notas del «Vals Triste», de Sybelius.

La mente de Harris trabajaba activamente. Deducía que el encapuchado contrabandista estaba esperando a otros, y los había

tomado a ellos dos por componentes de la banda.

Lo prudente era apresarlo, y ver de interrogarle, porque esperar a los demás era exponer a Lucy…

Fué aproximándose más al que tocaba, que parecía ensimismado en la música que producía, como un artista sincero. Iba ya a enlazarle por el cuello, cuando se oyeron rumores de pasos recios, y una voz autoritaria exclamó:

—¡Sordina Leslie!

El que tocaba dejó en el acto de pulsar el amarillento marfil y de pedalear. Giró sobre su asiento.

Iban entrando uno tras otro, siete encapuchados. El que había hablado iba delante, y se apoyó en el órgano, al otro lado de Harris.

—Ya estamos diez. No han de tardar los otros cinco.

Los recién llegados iban sentándose en el suelo. El que había hablado añadió:

—Son ya las once. Parece que no van a ser todos puntuales.

Se encogió de hombros el llamado Leslie. El silencio reinó, y en su rincón, acurrucada, agradeció Lucy que «Bertram» se acercase para sentarse a su lado.

Se apoyó contra el hombro del inspector. Pasaron unos minutos, y por fin, Leslie, el organista, dijo:

—Tardan esos cinco. A lo mejor, en el buzón de Cranmere no dejó nota el jefe. Otro viernes sin trabajo.

—Pero cobrando igual. ¡Eh! Alguien viene. Toca, Leslie.

A los compases del órgano iniciando «Cavalleria Rusticana», fueron entrando otros encapuchados. Ronald Harris contó siete… ¡y los ya llegados, sólo esperaban a cinco!…

Pero fuese, que no contasen, o no fuera extraño el aumento de cifra en la reunión, nadie comentó ni hizo signo de alarma.

De los recién llegados se destacó uno, que se sentó en el centro de la gran nave. Los otros fueron formando círculo a cierta distancia, sentados también en el suelo.

Harris casi arrastró a Lucy Silverton en el círculo.

El sentado en el centro, sin quitarse la capucha empezó a hablar:

—Había noticias en el buzón. Graves. Un tipo llamado Craig había descubierto todo el tinglado.

Un murmullo brotó de varias capuchas. El que hablaba, prosiguió:

—Pero el mismo día en que husmeó aquí, procedente de Londres, cuando volvía a Londres sin haber comunicado con nadie, el jefe le metió en el pecho unas onzas de cuchillo, dejándolo seco. La policía dice que es suicidio, ¡los muy idiotas!

Estalló una risita nerviosa, incontenible. Fue reprimida porque sin miramientos, Harris tapó con su mano la boca de Lucy Silverton.

—El mensaje del jefe dice más. Dice que hoy entre nosotros tenemos a dos nuevos…

Harris aprisionó la culata, y Lucy Silverton cerró los ojos…

—Dos nuevos porque no han estado nunca aquí dentro. Deben darse a conocer, contestando en forma correcta a mi pregunta de contraseña, y al hacerlo uno de ellos, le cederé mi sitio, porque nosotros debemos obedecer lo que ordene.

Se levantó, y efectuó la pregunta de contraseña.

—¿«Son inútiles tantas precauciones en la Abadía»?

Un encapuchado alto se levantó para contestar:

—«La menor imprudencia nos perderá.»

—Tú eres uno de los dos enviados por el jefe. Ocupa mi lugar…

Mientras los dos cambiaban de sitio, Lucy Silverton apretó repetidamente el hombro de Harris, que dió una cabezada de aprobación.

También había conocido en la voz del «nuevo» la del martiniqués Lionel Flambert.

Sentado en el centro, Lionel Flambert se quitó la capucha.

—Me llamo Flambert. Y el jefe así quiso que me diera, a conocer. Quiere también que os explique por qué soy de los vuestros. Es una breve historia. Yo navego mucho, y olfateé algo raro en cierto velero. Llevaba armas, y me interesó el asunto, cuando vi que también lo había olfateado un individuo llamado Chester Craig, del Servicio Secreto. Le hice entrar en confianza, así como a su secretaria. Cuando cayó muerto, fui a ver al jefe y le puse las cartas boca arriba. Era bueno lo que yo le ofrecía; sí, muy bueno.

Todos escuchaban con atención. Lucy temblando de contenida furia. Ahora odiaba con toda su alma al insolente piloto… que la había hecho creer era del Servicio Secreto.

—Yo le ofrecí al jefe el sitio más apto para esconder ciertas mercancías. La propia oficina de Craig. Es sencillo de explicar. Hace ya tiempo que la hermana de Craig y yo tenemos relaciones amorosas. Tengo buen físico, ella también, y ambos tenemos buen gusto. Os presento a nuestra hermosa aliada. Guapa ella, y muy señora.

Un encapuchado, en pie, vino a colocarse junto a Flambert sentado, y quitándose la capucha aparecieron los rasgos severamente bonitos de Margaret Craig.

Alguien emitió un susurro de admiración.

—Siéntate, mi vida —sonrió Flambert—. Y hago saber al que pretenda cortejar a Margaret, que se las verá conmigo. Vamos al grano, y para que no os escandalicéis, os diré que ella no es hermana, sino hermanastra del muy difunto. Como podéis apreciar,

es muy diferente.

Muda, estática, Margaret Craig parecía estar muy lejos.

Lionel Flambert prosiguió:

—Los negocios de Craig andaban mal, y yo decidí que una buena dote para mi prometida, era conveniente para ambos. La dote está dispuesta a darla el jefe, porque los dos le hemos sido y seremos muy útiles. Tanto Margaret como yo, gozamos de la plena confianza de la secretaria, una ingenua mocita que nunca ha salido de Londres. Y ahora, toda la correspondencia, no tendrá que pasar por el peligroso Cranmere, sino por las mismas oficinas de Craig. Un golpe maestro. Y ya explicado todo, veamos el asunto. Esta noche, el alijo completo está donde siempre, y vamos a ir transportándolo a las balsas de la gruta. ¡Jim, tu violín! Tocarás mientras sacamos el alijo.

Se levantó uno, y de pronto alguien exclamó:

—¡Dos violines! ¿Cosa nueva?

Bajo las capuchas, la sombra aumentaba el brillo de los ojos que se fijaron en Lucy Silverton, bajo cuyo sobaco estaba el violín, mientras otro encapuchado mantenía en alto un idéntico instrumento.

Harris, en pie de un salto, exclamó:

—¡Un espía, un polizonte, a él!

Se abalanzó sobre el llamado Jim, derribándolo al suelo, y haciendo chocar su cabeza contra las losas varias veces.

Todos en pie, asistieron a la breve y contundente acometida. Y de pronto, en la espalda de Lucy se apoyó un objeto punzante, mientras el organista Leslie, aplicaba también su cuchillo en la nuca de Harris.

Los otros, rodearon en un instante a los dos intrusos.

—La capucha —farfulló Leslie—. Ved que es Jim… y este tipo miente. ¡Sacadle la capucha, y no te muevas o te apuntillo, como a un cerdo espía!

—¡Diecisiete; somos diecisiete!

—¡Sobran dos, sobran dos!

Lionel Flambert exclamó:

—¡Quietos todos! Yo represento al jefe, y él decidirá. Ahora, veamos la cara de estos dos.

La capucha fuera, el rostro de «Bertram Hilton» apareció.

—Yo conozco a este tipo —dijo Flambert—. Dejadme hacer memoria. ¿Vosotros le conocéis?

—No es de los nuestros. ¡Y ésta… una mujer…!

Lionel Flambert contempló a la pálida Lucy Silverton. Rió alegremente:

—Vaya, vaya… La secretaria ingenua que nunca salió de

Londres, y ha sabido llegar hasta aquí. ¡Atadles mejor, listos!

Las muñecas de Harris y de Lucy quedaron prietamente unidas a sus espaldas. Dejaron de notar la punzada del cuchillo…

—Un poco más, y nos descubren —comentó Flambert—. Me engañaste muy bien, nena.

—¡Usted… es un maldito traidor… un canalla!…

—No te alborotes, nena. Ya gritarás mejor cuando estés ante el jefe. Bueno, al trabajo todos. A estos dos los meteré en el sótano, hasta que el jefe decida lo que con ellos hacemos.

Fueron yéndose los falsos trapenses, que poco después iban constituyendo en la noche, entre los cipreses, una hilera de macabros sepultureros.

Alzaban las lápidas, y cogiendo los extremos de cuerdas, sacaban del interior de las tumbas profanadas, pesadas cajas…

Lionel Flambert empujaba a Harris, mientras Margaret Craig hacía lo mismo con Lucy.

Bajando las escaleras, iluminadas por una linterna llevada por Flambert, Lucy Silverton gritó:

—¡Es usted odiosa, Margaret! ¡Odiosa!

—Una hermosa pistola, amigo —comentó Flambert, soltando a Harris y dándole un empujón.

Encañonaba al inspector, que dijo:

—Tú me conoces, Flambert. Yo soy Bertram Hilton.

—¡Cierto! Te he visto rondar las tabernas y mesas de tapete verde. Pero no sé cómo vas a explicarme, lo que hacías aquí con la secretaria de Craig, y ésta con el violín. Prefiero que vuelvas al refectorio, Margaret, porque me temo que tus castos oídos podrían ser mancillados con feas palabras.

Margaret Craig subió las escaleras, desapareciendo. No había dicho una sola palabra.

—Estás equivocado, Flambert. Yo soy Hilton, y navego en aguas revueltas. Nada debéis temer de nosotros dos.

—De ti a solas, nada. Pero vas con esta niña que quiere descubrir todo el potaje. ¿Por qué vas con ella?

—La convencí como convenciste a Margaret, de que en lugar de revelar lo que había descubierto a la policía, ganaría más tratando con el jefe de la banda.

—¿Y os disfrazasteis?

—Para…

—Calla, embustero.

—¡Digo la verdad, sopla!

—Hay cosas imposibles. Por ejemplo, que esta niña sea capaz de alternar con cómplices de asesinato y contrabandistas de armas. No te veo claro, Bertram Hilton.

—¿No olfateaste tú lo del viejo Craig? Yo olfaté también, y quiero mi parte.

—Descuida. Se lo haré saber al jefe, y él te dará la parte que te corresponda.

Iba Flambert subiendo las escaleras de espalda, sin dejar de apuntar al prisionero. Al llegar arriba, cesó la luz, y la puerta cerrada, dejó oír desde fuera, el ruido de cerrojo y una barra de hierro al ser encajada horizontalmente.

—¡Qué horrible, Bertram! Flambert y la hermana de Craig!

—Es horrible, pero son millones lo que vale este tráfico de armas, Lucy. Anda, no desesperes.

—Mientras esté contigo, no tengo miedo, Bertram. Eres feo, pero muy valiente y muy simpático —sollozó ella.

En la penumbra, acostumbrados los ojos, se veían los rostros. Y Ronald Harris sintió que debía luchar contra el terror que iba invadiendo a Lucy.

—De aquí a que comunique con el jefe de la banda, tenemos mucho tiempo por delante. Yo podré deshacerme de estas cuerdas. Cosas más difíciles he hecho. Siéntate en el primer peldaño, así… Bueno, y ahora escúchame con tranquilidad.

—Habla, Bertram.

—Así va mejor —dijo él, sentándose a su lado, y aplicando las cuerdas contra el reborde del peldaño a su espalda—. Durante toda la noche hasta el alba, éstos tienen trabajo llevando las armas hasta el puerto. Y no son más que las once y cuarenta… Tenemos, pues, siete horas largas, y verás cómo escapamos.

—Dios te oiga, Bertram.

—Y hablemos de otra cosa por unos instantes. Hace ya dos años que te conozco, Lucy. Dos larguísimos años, sí… Lo confieso, porque no considero deslealtad valerme de estos instantes, en que nos olvidamos de los convencionalismos, para decirte que muchas veces te he contemplado desde lejos, y viéndote llegar, el sol barría la niebla, y viéndote partir, la bruma volvía a…

—¡Bertram! Si yo te era… en fin, ¿por qué no buscaste el medio de serme presentado? Eres bueno, y muy simpático… Hace mucho frío aquí dentro, Bertram, y ¿qué va a ser de nosotros cuando venga, el jefe de la banda?

Harris movía los hombros rítmicamente, siguiendo los vaivenes que imprimía a sus dos muñecas atadas, rozando la cuerda contra el saliente de piedra. Sonrió:

—Dos horas para las cuerdas, y otras tantas para abrir la puerta. Ten confianza en mí Lucy.

—La tengo, Bertram. Ahora comprendo por qué, al verte por primera vez, tuve la impresión de que te conocía hace mucho

tiempo… Y hay otra esperanza… Sí, «Los Muertos que no Mienten»…

—En efecto. Pero por ahora seguiré en mis intentos.

Pensaba Harris que quitarse las ligaduras podía ser posible. Pero, ¿y abrir la puerta de madera cubierta de chapas de bronce y apuntalada con una barra de hierro?

Prefirió aprovechar «el instante».

—No naciste para aventuras, Lucy, sino para tener una casa bien puesta, mimar a un buen esposo, y educar la pléyade de hijos que tendrás…

—Vas muy de prisa, Bertram. La verdad es que hasta ahora no he pensado en casarme. Y por cierto, a veces hablas con mucha finura para ser un «cockney», sin letras, como dices. Eres algo misterioso, Bertram; sí, algo misterioso…

—Es la noche, esta ropa, la situación, las emociones… ¡Escucha!

Callaron ambos. Se oían débiles, los compases del órgano. Y Ronald Harris, tras tender el oído, susurró:

—¿Conoces esta melodía que tocan, Lucy?

—No.

—Es famosa. Es de Charlie Kuntz. Se titula: «Amanecer radiante». Y ahora… ¿oyes? Otra melodía de Charlie Kuntz, también conocidísima: «Pronto seremos libres»… ¡El que está tocando nos transmite un buen mensaje en código musical! —rió alborozado.

—¿Será el que escribe…?

—Puede que sí. No puede llegar hasta aquí, mientras sigan los contrabandistas, pero habrá entrado. Valor, Lucy. Antes del amanecer, estaremos libres. ¡Nunca supuse que me emocionaría tanto la musiquilla de Charlie Kuntz! ¿Oyes?

—Esta la conozco… Es «A las cinco volveré». ¡A las cinco! Estarán lejos los contrabandistas. ¡Escaparemos!

—Eso es. Trata de dormir, y te ofrezco mis rodillas como almohada. Sin música.

—Eres muy simpático, Bertram. Te tengo cariño.

—Así se empieza. Anda, trata de dormir.

Cerró ella los ojos, ladeada la cabeza sobre el costado de Harris, y murmuró:

—No quiero más aventuras, Bertram. Tienes razón. No nací para esto.

Harris siguió segando sus cuerdas, procurando mover sólo los brazos. Y Lucy, más que dormir, se sumió en letargo de mil confusos pensamientos. Las gafas azules habían caído, en la acometida, y privado del azul, las pupilas de «Bertram Hilton»… y ella conocía aquellas pupilas, pero no acertaba. ¿Dónde las había visto…



¡Un espía! ¡A él!

VIII

Lionel Flambert, tras cerrar la puerta, se acercó al órgano donde se apoyaba Margaret Craig. Sonrió.:

—Ya estamos llegando al final, Margaret. Tan pronto ellos se vayan río abajo, usted emprenda el camino hacia Exeter.

—No quiero dejarle solo con estos forajidos, Flambert. Están sacando fardos y cajas de las tumbas. Deben ser castigados.

—Y lo serán, pero usted hará lo que le digo.

—Sepa, Flambert, que nunca he recibido más órdenes que las de mis abuelos, padres y hermano.

—Era, pues, hora que las recibiera de un hombre lisa y llanamente. Aprecio todo su valor, y en nombre de Chester, le ordeno que haga lo que le digo. Por de pronto, sentarse, mientras voy con los otros. Después, lo que le diré.

Se marchó Flambert, cuando tras unos momentos de mirar fijamente, pero con una sonrisa alegre a la severa Margaret, ésta se sentó.

En la explanada, los contrabandistas iban sacando y transportando las alargadas cajas. Otros, en el exterior, las recogían para estibarlas sobre balsas en el río.

El organista Leslie se acercó a Flambert.

—Tú representas al jefe, por lo que he leído. Dentro de unos diez minutos, estaremos listos para ir a puerto. ¿Quién se queda de vigilancia?

—Jim y su violín. Enviaré a mi chica a avisar al jefe.

—Bien.

—Vuelvo a ver si sonsaco al par de tórtolos. Mi chica tocará un poco, el órgano para sustituir a Jim, mientras se termina la carga del alijo.

—Tienes suerte. Es guapa tu novia, pero es del tipo serio.

—¡Oh! Estas son las que mejor salsa tienen, bien cocinadas. Hasta luego. Si terminas antes la carga, lame un silbido.

—¿Un silbido? Ah, eres nuevo… Es un graznido triple nuestra contraseña. Algo parecido al cuervo.

—De acuerdo. Hasta ahora.

En el umbral, Jim con su violín empezó a acordar las clavijas.

—Ve a ayudar, Jim —dijo Flambert—. Mi chica tocará el órgano. Algo alegre.

—Voy.

—Después, tú vigilarás, hasta que al amanecer venga el jefe, que mi chica irá a avisar de la novedad.

En el interior, sentada ante el teclado, Margaret Craig, muy erguida, parecía una estatua de alabastro.

—Tenemos minutos por delante, Margaret —susurró el martiniqués—. Ellos me consideran uno de la banda.

—Le favorece su… facilidad de palabra, Flambert.

—Puede decir mi descaro. ¿Qué tal anda de música?

—Depende lo que usted entienda por música.

—Esto es un órgano. ¿Sabe usted darle al trasto?

—Puedo intentarlo.

—Seguro… Usted borda, usted hace pasteles, usted conoce los clásicos, y sabe leer. Chester la quería mucho, y lamentaba que hubiera rechazado tantos buenos partidos, por cuidarle a él.

—No hubo sacrificio.

—Pero sí un sacrificado.

—¿Quién?

—El dichoso mortal que sepa fundir la nieve aparente de su tez, bajo la que corre la misma sangre roja que contienen mis venas.

—Le agradeceré recuerde que estamos unidos por un afán de venganza, pero no para decir ni escuchar sandeces.

—¡Qué diablos! Ni con fantasmas, abadías, cipreses y tumbas, pierde usted la supuesta frialdad puritana. Los caballeros ingleses tienen demasiado corta la lengua.

—Usted, en cambio…

—Ya sé, y a mucha honra. Pero, me voy a extraviar. ¿Conoce, por casualidad, esa musiquilla que en discos se llama «Tres tonadillas» y que interpreta al órgano Charlie Kuntz?

—Toda Inglaterra está inundada de ellas.

—Lo celebro. ¿Conoce «Amanecer radiante»?

—Sí. ¿Es ésta?

Desgranó ella los fáciles y pegadizos compases de la melodía popular.

—Magnífico. ¿Y «Pronto seremos libres»?

—Muy vulgar, pero sensible.

Al cabo de unos segundos, dijo él:

—«A las cinco volveré».

Cuando ella la acabó de interpretar, una leve risa la embelleció.

—Una manera hábil de dar esperanza a la pobre niña. ¿Quién será su acompañante? Era un «cockney» vulgar.

—Ya estarán tranquilos, si como yo, aprecian la buena música.

—Perdone, pero esto no es buena música.

—Yo prefiero un buen bisté con montañas de patatas a una *poularde fricassée*, que no deja de ser carne triturada con pasta

blanca.

—Me llama usted sofisticada.

—La llamo a usted: ¡guapa! Esto es, fulmíneme con mirada de diosa ofendida. Me importa poco. Un caballero inglés de los que dicen adorar a Bach, Haëndel, y otros músicos magníficos para curar el insomnio de la gente vulgar, que por suerte no tienen insomnio, le diría a usted por ejemplo: «Señorita Craig: ¿puedo esperar el honor de conseguir su amistad?». Y le hablaría de música clásica, de literatura egipcia, y de política. Yo tengo prisa, porque puedo morir pronto. Y necesito una radiante novia, mimosa, que me cuide, y que sea recta, sencilla y hogareña. He conocido demasiadas muñecas frívolas. Resumiendo, Margaret: apenas contemplé la maravilla melodiosa de su conjunto corpóreo y anímico, instantáneamente creí en el flechazo.

—Su impetuosidad le hace confundirme con una novia de cada puerto.

—Usted sabe perfectamente que hablo con el máximo respeto que puedo. No es culpa mía haber nacido en tierra de volcán, de sol y de calor en las venas. Una vez vi cómo el sol fundía nieve en una cima blanca. Y la blancura se hacía sonrosada, después llama… ¡Era precioso! Como lo será usted, cuando se funda…

—Le recordaré que sus frivolidades, son, además de desplazadas e incongruentes, levemente ofensivas.

Extasiado, Lionel Flambert juntó las manos:

—Será estremecedor oírla decir: «Lionel, considero imperativo y además urgente, que me conduzca al altar». Seguiremos la disputa…

Acababan de resonar, espaciados, tres graznidos, ro emitidos por un cuervo, sino por una humana garganta.

Jim apareció en el umbral.

—Preparado el convoy, amigo.

—Bien. Voy allá. Tú a vigilar la puerta, y en cuanto a ti, mi hermosísima paloma, vete a avisar, al jefe, y dile todo lo que ha pasado. Abrígate bien por el camino, que hace fresco.

Agitó Flambert los dedos, abandonando el ábside.

Al exterior, en el río, cinco balsas empezaban a moverse lentamente río abajo. Cuatro de ellas iban tripuladas por tres hombres cada una.

Saltó Flambert en la última, donde Leslie agitaba los brazos. El desfile de los acurrucados trapenses, y las voluminosas cajas, fué adquiriendo velocidad siguiendo el curso natural del Dart.

Saber el puerto e identificar el velero, era lo único que quedaba por averiguar al agente Lionel Flambert.

Preguntó:

—¿Cuántas horas, Leslie?

—Dos. Es la mejor vía, bien elegida. A media milla de Dartmouth, el río ya abandona el bosque, y entonces son los mulos que dejamos esperando, los que cargan hasta la caleta.

—Un gran muchacho el jefe.

—Lo siento. Conversación prohibida.

—¡Galerna! Pero si sé quién es.

—No importa. Lo tiene prohibido. Y es poco paciente, para repetir una orden.

—Bien hecho.

En cada balsa, sólo trabajaba un contrabandista, empuñando la larga pértiga; a la hora de navegación se relevaron.

El Dart se deslizaba desde la Abadía por entre boscaje profuso, casi impenetrable en sus riberas.

Al término de las dos horas, el boscaje se había aclarado mucho, y se divisaban ya al fondo, luces en la costa, y el parpadeo de dos faros barriendo el mar.

Las balsas fueron inmovilizándose junto a la libera, saltando a tierra los contrabandistas.

Empezaron a trasladar las cajas hacia un cerco de piedras, entre las que, unidos en reata, había unos veinte mulos.

Leslie se estremeció cuando de entre unas piedra surgió un hombrecillo que le puso la mano en la boca, para detener su grito.

—Soy Lipps —susurró—. El jefe me envía, por que rondan por Exeter la secretaria y un agente del contraespionaje.

—Cayeron. Están presos en la Abadía. Un buen elemento este nuevo.

—¿Qué nuevo?

—Flambert.

—Repite…

—Flambert, con la hermana de Craig, que nos envió el jefe.

—¡Maldición sobre ti, idiota! ¿Dónde está Flambert?

—En la balsa. Pero…

—Es agente del Secreto.

—Está preso.

—¡Calla, mamarracho! Suerte que he llegado a tiempo. Dejé a Harper en la costa. Escucha, Leslie del infierno… Mucho cuidado, porque este Flambert lucha como un profesional. Hay que cogerle sin daño. Déjalo que venga hacia aquí. Y diles a Terry y a Rank que vengan aquí conmigo. Que traigan el saco con el anillo doble. Después, corre a la carretera en línea recta. Está el coche, y te llegas al primer pueblo, Victory Land, y telefonea a Exeter, donde está el jefe. ¡Pronto! La hermana de Craig, a saber lo que habrá hecho desde que os fuisteis… ¡Corre, demonios!

Leslie corrió, pero al telefonear a la fonda de Exeter, le dijeron que el señor Harold Folker se había ausentado apenas cenó.

Mientras, Lionel Flambert, terminada la descarga, se encaminó hacia el cerco de piedras, donde estaban ya en reatas de tres los mulos.

Cayó la noche sobre él en forma de saco que le cubrió cabeza y busto, mientras un anillo de acero rodeaba su cintura, apretando sus brazos, y otro apretaba sus piernas.

—Esperad aquí todos, hasta nueva orden —dijo. Lipps—. Regresaré antes de una hora. Cargad a este tipo en el coche. No te preocupes, Leslie. Si el jefe no está en la fonda, es que se olió algo. No ha nacido aun quién le engañe.

IX

Jim pulsó una cuerda de su violín, contemplando a la que permanecía en el sillín frente al órgano, silenciosa, transcurridos ya dos minutos desde que saliera Flambert.

El pellizco del violín, pareció despertar a Margaret Craig, que posó sus anchos ojos en el centinela.

—Si no he comprendido mal, usted interpreta piezas al violín, pero ignoro la finalidad.

—Está claro. Este lejano rumor, si es oído en alguna granja, hace más evidente que aquí hay fantasmas, y las balsas van río abajo, sin que nadie se acerque.

—Usted parece artista.

—Lo soy por afición. ¿Era usted la que tocaba el órgano?

—Sí.

—Buena interpretación. Si no tuviera que irse…

—Puedo perder unos minutos. ¿Qué pieza es su favorita, Jim?

Y la sonrisa de Margaret Craig era tan arrobadora, que el contrabandista se sintió complacido. Hermandad de artistas…

—Son varias. ¿Puedo llamarla Margaret?

—¿Por qué no?

—Es que es usted muy señora.

—El amor a la música allana barraras, Jim. Dígame: ¿le gusta el «Largo» de Haëndel para órgano y tres violines?

—No lo conozco. Haëndel es difícil. Yo… más bien voy por los clásicos como Chopin, Liszt… usted me entiende.

—Hay un Nocturno muy sugestivo.

Y ella pulso el «leit motiv». Encajó Jim el violín bajo su barbilla, y acompañó el Nocturno.

Los dedos de Margaret se deslizaban por el teclado maquinalmente. Pensaba el medio de liberar a Lucy, y obtenerlo sin violencias, porque su espíritu de justicia, le hacía pensar que aquel pobre diablo de violinista, que desafinaba atrozmente, no era más que un contrabandista.

No era autor moral ni material de la muerte de Chester Craig.

—Magnífico, Jim —dijo, y fué una mentira costosa—. Descansemos un poco.

—Como usted mande.

—No me hace mucha gracia ir por la noche y sola a través de estos, parajes.

—Yo iría, pero las órdenes son órdenes. Si se escaparan los dos espías, el jefe me mataría.

—Es natural —convino ella, dominando un estremecimiento—. Su violín es bueno, Jim. ¿Italiano?

—No, lo compré en Haymarket, por dos libras. Los hay más baratos, pero también mucho más caros.

—Yo conozco la pieza de un español que, a lo mejor, porque es fácil y bonita, le gustará oírla.

—¿Albéniz?

—Sarasate.

Tendió Jim su violín. Ella se levantó, rezando mentalmente:

«Dame fuerzas, Mi Señor, y que tu infinita misericordia no permita que mate a este desgraciado».

Cogió el violín, e hizo como si lo mirara al trasluz de la única linterna. Era buena jugadora de tenis, y el «smash» que de arriba abajo tomó por pelota el cráneo de Jim, le habría valido un tanto en la pista de Wimbledon, por velocidad y contundencia.

Las cuerdas saltaron, y ella tiró el violín como Si quemara, llevándose las dos manos a las sienes.

En el suelo, Jim permanecía inmóvil, sin sentido. Se arrodilló ella, murmurando:

—Pobrecillo…

El cráneo abierto sangraba aparatosamente, y ella buscó en vano algo con qué restañar, pero dominándose, procedió a quitar al desvanecido la cuerda que era el cinturón del sayal.

Le ató las muñecas, uniéndolas a los tobillos. Después, con la capucha, que fué rasgando con el cuchillo que halló en un bolsillo del contrabandista, formó unas tiras, vendando mal que bien el cráneo herido, pero no roto.

Jim, suspirando, iba volviendo en sí. Gruñó:

—¡Pécora!… No hay que fiar de las señoras… ¡Pécora!

—Lo siento —dijo, muy envarada, Margaret Craig—. Habla usted, lo cual demuestra que vive. Y habla mal, lo cual demuestra que no es un caballero. Y recuerde siempre, que el andar con perros sucios acarrea pulgas. Los perros sucios —aclaró— son sus compañeros. Y no se mueva o esta vez le caerá el órgano encima… ¡rascatripas!

Corrió hacia el refectorio, llegando a la puerta que conducía al sótano. Empuñó la pesada barra de hierro, levantándola, hasta sacarla de sus dos muescas.

Descorrió la lanzadera, e hizo girar la gruesa llave. La puerta no hizo el menor ruido al abrirse.

Volvió a buscar la linterna, y con ella regresó, para descender los peldaños.

El halo de luz hizo que Harris se detuviera en sus vaivenes de brazos. Lucy, abiertos los ojos e incorporada, miró a la portadora de la linterna.

—Ha habido una confusión que luego será aclarada a plena satisfacción, Lucy. Ahora, dígame si tiene confianza en este… caballero que la acompañó.

—Completa —balbució Lucy.

Dejando la linterna en peldaño superior, inclinóse Margaret para manipular en los nudos marineros que enlazaban las muñecas del inspector, que rogó:

—Mientras, agradeceríamos la aclaración, señorita Craig.

—No le conozco, caballero.

—Le presento a Bertram Hilton —indicó Lucy, añadiendo—: Por un instante, creí la monstruosidad que dijo Flambert.

—El señor Flambert, esta misma mañana, me comunicó que había leído cierto manuscrito de Chester, que volvió a dejar en su sitio. Un manuscrito referente a esta Abadía y el buzón de Cranmere. Se ausentó, yendo con un guía especializado al pantano en cuyo buzón recogió una carta que no presentaba firma. Me explicó el señor Flambert a media tarde, que había dejado en el buzón otra carta, en la que imitó la letra hablando de una contraseña y nuestra complicidad, porque era preciso coger a la banda completa. Vinimos, y luego se vió obligado a seguir mintiendo. Está usted libre, señor Hilton.

—Gracias —dijo tan ceremoniosamente como ella, el inspector, que procedió con más rapidez a quitar la cuerda que sujetaba a Lucy—. ¿Puedo inquirir qué ha sido del centinela del violín?

—No vi otra solución sino maltratarle con el violín que el infeliz maltrataba. Está atado.

—Entonces, permítame que abra el paso, y salgamos de aquí cuanto antes.

Ambas mujeres corrieron más que andar tras los rápidos pasos de Ronald Harris, el cual, echando un vistazo al entontecido Jim, salió al exterior.

Se alejaron a toda prisa hacia Exeter, y cuando ya, el abandonado monasterio quedaba esfumado, dijo Harris:

—Sigan ahora sin miedo hasta la fonda, Lucy. Allí, pida comunicación con el comisario Potter, y ruéguele mande agentes aquí.

—Pero debes venir tú también, Bertram —rogó Lucy—. ¿El comisario Potter? ¡Usted… usted es el inspector Harris!

—Por favor, señorita Craig. Soy el inspector Harris, y le ruego se lleve rápidamente a Lucy.

—Vamos, Lucy —conminó Margaret, enlazando por los hombros

a Lucy.

Iba ella a protestar, pero dijo Harris:

—Denme los dos sayales, pronto. No pueden ir con ellos.

Cogiendo los dos ropajes, el inspector Harris desapareció, desandando el camino.

—¡Qué… qué desfachatez!… Era el inspector Harris…

—Andemos de prisa ahora. Después, tendremos tiempo de cambiar impresiones. En efecto, son muchas impresiones para un solo día. Hemos de reconocer qué son animosos y deportistas los señores Harris y Flambert. Apresuremos el paso, que no estaré tranquila hasta no hallarme entre gente normal y bien educada.

Ronald Harris volvió a penetrar en la Abadía.

***

A las diez de aquella misma noche, en una fonda elegante de Exeter, Harold Folker cenaba en compañía de un respetable caballero maduro, que con hábiles toques ocultaba su personalidad.

—No está claro, Harper. En este alijo hay mucho dinero en juego. Y tu hija puede hacer fracasar la cosa.

—Te repito, que no puede ella saber nada.

—Pero Flambert, sí. En Londres no se hallaban Margaret Craig, ni Flambert ni tu hija. Lo siento, pero si ella me hace peligrar el negocio, no podré detenerme a tener en cuenta tus sentimientos paternales.

—Se averiguará la que vino a hacer aquí con Bertram Hilton, porque era Bertram Hilton el chico que nos describió la criada de la otra fonda.

—A la una, a más tardar, sabré por Lipps si todo ha salido bien. Ahora, para matar el tiempo, debemos ir a pasear un poco, hasta averiguar los pasos del joven Hilton y tu hija.

—Puede haber sido una escapada de enamoriscamiento.

—No trates de engañarme, viejo —gruñó Folker—. Sabes sobradamente que Lucy no se enamorisca, y menos del vulgar Hilton. Me olfateo que Hilton sea un chivato confidente.

—Vamos hasta la Abadía, y saldrás de dudas.

—No antes de que hayan salido las balsas. Es mi norma, como director de la organización, no tomar parte activa, porque si los otros son capturados, mejor les ayudaré desde fuera, que entre rejas. Te elegí, Harper, porque sabes introducirte por donde sea, y abrir los cofres más difíciles. Sentiría perder tu alianza, si, como me temo, está dando Lucy un mal paso.

—No seas imaginativo. Ella puede haber oído campanas, pero sin saber dónde repican, o ser el joven Hilton quien las haya oído.

A las once y cuarto de la noche, estaban fuera de Exeter, habiendo reunido datos.

—No cabe duda que tu hija y Hilton fueron hacia la Abadía. Y desde este instante te advierto que si te sientes papá, mi cuchillo hablará contigo. Te vigilo viejo.

—Suponiendo que Lucy ande en esto, no hay por qué matarla. Yo sabría guardarla a buen recaudo.

En silencio, le señaló Folker un sendero que conducía hacia la Abadía, por el que se internó Harper Silverton, seguido de él.

***

En el ábside, apoyado en el órgano, Jim se palpaba de vez en cuando la cabeza, libre ya de sus ligaduras.

Respiró entrecortadamente cuando vió acercarse a Harold Folker…

—¡Jefe! Déjame que te explique, déjame que te diga lo que pasó. No es todo culpa mía.

Harold Folker abría y cerraba los muelles de su cuchillo, ceñudo el rostro, brillantes los ojos.

—¡Tengo al espía prisionero! Tú mismo lo puedes ver, jefe.

—Escucha, Jim. Por el camino nos tropezamos con las dos palomas que corrían hacia Exeter. Tuve que derribar a Harper, y me costó lo mío atar a las dos mozas, junto al viejo. No las he interrogado todavía. Habla.

—La Craig me dió en la cabeza, y huyó con la otra chica. Pero yo en el suelo, cuando regresó el espía, le así por las piernas, y cayó de bruces. Volví a atarlo, y en el sótano está. ¿Qué podía hacer? Me quedé esperando.

—Bien. Creo que salvas el pellejo. Jim. ¿Es Flambert el que tienes abajo?

—No. Es Hilton.

—¡Maldición! ¿Y Flambert?

Contó Jim lo de la carta y la presentación de Flambert. Primero, se aumentó el ceño tormentoso de Folker, pero después sé aclaró su semblante.

—A Flambert lo cazará Lipps. Fué ingenioso, y por un pelo caemos todos. ¿Qué dice Hilton?

—Que él venía pedirte parte, porque se olió algo.

—¿Sabe quién soy?

—Ni la menor idea.

—Mejor. Está visto que eran cuatro los que sabían lo mío, aparte de Craig. Y los cuatro han caído. Pero no acabo de comprender cómo pudieron averiguarlo. A lo que parece, Hilton y Flambert

trabajaban en lo mismo, sin saberlo. Flambert pudo adivinarlo por ser del Servicio Secreto, como al fin yo averigüé. Pero, ¿y Hilton? Estoy por creer que hay un chivato entre nosotros.

—Yo puedo jurarte…

—El viejo Harper me da mala espina. Hubiese tenido que alejar a su hija de la oficina, y sin embargo, no lo hizo. Casi como si quisiera tenerla allí para… ¡Vete al grupo de las tres encinas del Rey Arturo, y registra a las dos mozas y al viejo! Y comprueba las ligazones, antes de volver aquí. Anda, de prisa.

A solas en la Abadía, sentóse Folker en el único asiento, ante el órgano.

Encendió un cigarro que fumó con deleite, y lo había terminado cuando reapareció Jim.

—Todo lo que tenían, jefe.

Folker fué apartando lo que consideraba fútil, hasta que cogió una cartulina y preguntó:

—¿De quién pillaste esto?

—Lo llevaba la muchacha de Hilton en el bolsillo del chaquetón.

—Bien, bien… ¿Conque «Los Muertos que no Mienten»? ¡Cochino! Esto es obra del viejo Harper, que gusta de folletín. Pero no han podido conmigo. Los tengo a todos en la red. Vamos; entre los dos, traeremos aquí a la pareja de palomas y al viejo marrullero, al que voy a sangrar.

Antes de salir, volvió a comprobar los cierres de la puerta del sótano.

—Este pájaro para lo último. Es el de menos calado. Coge la linterna, Jim.

A la media hora, llegaban al lugar donde tres añejas encinas juntaban sus copas.

—Carga con el viejo, que yo empujaré a las palomas.

Harper Silverton no había sido reconocido por su hija, y no había pronunciado una sola palabra al recobrar el sentido, después de recibir el recio puñetazo en la nuca que le administró Folker, cuando divisaron a las dos mujeres corriendo hacia ellos por el sendero.

Folker gruñó:

—Te sangraré en el sótano, viejo. Y todos vosotros iréis a pudriros en las tumbas de la Abadía, tan pronto la redada esté completa, y me traigan, al listo de Flambert. ¡Andando, y callando, o no llegaréis enteros al sótano! ¿Conque «Los Muertos no Mienten», eh, viejo? ¿Sorprendida, nena? Más sorpresa te espera luego, Jim: métele el cuchillo en las corvas al viejo para que corra más. Y vosotras, dadles a los pies lo mejor que sepáis.

Exhaustas, llegaron ellas al ábside.

—Átame a estos tres pichones bien atados en las columnas. Me agrada verlas a ellas y a este cochino traidor. Apenas llegue Lipps con Flambert, empezaré a funcionar. ¡Y silencio aquí, mientras no ordene yo lo contrario! No pienses en Hilton, nena. Está en el sótano. Cuando volvía aquí, Jim le tumbó y apresó, salvándose con ello el pellejo. Está claro que os envió a Exeter, y como a Flambert, le perdió la ambición de calzarse un triunfo completo, conociéndome. Me conocerá, pero no lo contará, ¡el muy chivato!

Y escupiendo el mordisco de puro, encendió Folker su habano, mientras las dos mujeres y Silverton esperaban un milagro…

Era insoportable la espera, pero Silverton prefería callar, mientras que ellas dos, impresionadas por la brutalidad que emanaba del asesino de Chester Craig, miraban a otro sitio.

Pasó una hora, a cuyo término dijo Folker:

—Tal vez te salve a ti, Lucy. Puedes ser un buen «paquete» para Buenos Aires, aunque tampoco es usted de desdeñar, Margaret. Será cosa de pensarlo. Dime, Lucy: ¿por qué creíste a ciegas en «Los Muertos que no Mienten»?

Ella mordióse los labios, pero replicó:

—Porque hasta escribiendo demostraba este caballero tener lo que a usted le falta, y que es… ¡hombría!

—¿Oíste, viejo? Te ha llamado caballero.

Harper Silverton tomó la palabra por vez primera:

—Me enorgullece estar tan bien disfrazado que ni mi Lucy me conoce. Calla, hija… No pienses ahora mal de mí. Yo salí regenerado.

—¡Y tanto! —rió, groseramente, Folker—. Se avino a formar banda en mi nidada, y quiso jugar doble juego conmigo, sin importarle meterte en la tormenta. Hay horror en tus bellos ojos, nena. Sí, mírale bien, es tu padre, que engañó a su propia familia… Un Judas completo. Apenas llegue Flambert te sangraré, viejo traidor.

Harper Silverton se encogió de hombros.

—Un profanador de tumbas y antiguas abadías, no puede salvarse, Harold Folker. Hay alguien muy. Y los vivos van viviendo…

—¡A callar! Y sin sermones. Una vez aquí Flambert, queda vencido el obstáculo. Cinco erais en haber averiguado… Seis. Pero uno ya murió. Y con él iréis a reuniros. ¡Los Muertos callan, Harper! Y los vivos van viviendo…

Se echó hacia atrás con satisfacción, resonando el órgano al ser empujadas las teclas y botones por los codos del asesino.

—¿Oís? Es el motor del coche de Lipps, y si viene aquí, es porque se trae a Flambert. ¡Redada completa, pichones que os

sentisteis cazadores! —clamó exultante—. Yo he vencido, y lo rubricaré con mi cuchillo. Asómate. Jim… ¿Qué ves?

—Traen a… ¡sí, es Flambert, jefe! Lo traen con el saco y los dos anillos. ¡Es Lipps! ¡Redada completa, jefe!

X

Lipps valíase de la punta de su cuchillo como acicate, para ir empujando y conduciendo a Lionel Flambert, que presentaba un raro aspecto, cubierto rostro y tórax por recia arpillera, y rodeados sus brazos y muslos por dos anillos especiales, que se ensanchaban o cerraban mediante la presión sobre la tuerca posterior que unía el cerco de flexible acero.

—Sin novedad, gracias a que calé algo raro, jefe —anunció, alegremente, Lipps—. Los demás, esperan tu orden para ir al puerto.

—Vuelve, y daos prisa en cargar. Eres grande, Lipps.

El elogio de Folker, complació enormemente al hombrecillo enclenque y de rostro de niño viejo, que salió corriendo, oyéndose casi al instante el ruido del motor alejándose.

—Corta —ordenó Folker, señalando a Flambert.

Lanzó Margaret Craig un grito al ver a Jim avanzar cuchillo en mano, con la punta dirigida hacia el estómago del hombre prisionero y cegado por la arpillera.

El cuchillo de Jim rajó con arte el saco, que cayó a ambos lados, sostenido por el primer anillo a altura de los codos.

Lionel Flambert miró lentamente en rededor. Brillaron sus ojos con furor al divisar a Margaret Craig, atada a la columna más próxima a donde él se hallaba.

—Bien, agenté Flambert —dijo Folker, extendiendo las piernas y acodándose mejor sobre el teclado—. Estuviste a dos pasos de ganarme, pero fallaste al fin. Demasiado ambicioso… Quisiste saberlo todo. Quisiste averiguar el puerto, el velero, la dotación… para que te dieran una medalla con laurel en el «Intelligence», y ahora lo único que te espera es perejil en la nariz, cuando te degüelle.

—Sólo los cerdos mueren así, Folker —sonrió Flambert.

—¿Por qué miras con reproche a la hermosa Margaret? Hizo lo que pudo, cascando la cabeza de Jim con el violín.

—No fué esto lo que le ordené hiciera. Tarde aprende la lección de que la iniciativa femenina sólo vence en cuestiones amorosas, pero no en acciones hombrunas. ¿Y a dónde vamos con esta charla, Folker?

—Soy curioso por naturaleza, y siendo la primera vez que tengo el placer de medirme con un cerebro del «Intelligence», no quiero desaprovechar la ocasión. Luego me entenderé con vosotras,

palomas, y en cuanto a ti, viejo, vete rezando, si como he oído crees en algo Más Allá. Camina, Flambert, lo mejor que puedas, porque la punta de mi cuchillo es muy hambrienta. Camina hacia el sótano.

Flambert no miró a los demás prisioneros al iniciar su dificultosa marcha en dirección al refectorio.

Tras él, Harold Folker cuchillo en mano, ordenó:

—A la vista, Jim, y a la derecha.

Abrió la puerta, encendiendo una linterna, y dió un brutal empujón a Flambert, que rodó escaleras abajo, y tuvo que hacer hercúleo esfuerzo para levantarse.

Ronald Harris, adosado a la pared lateral, junto a los peldaños, miró casi con apreciativa crítica los cercos de acero que aprisionaban al forzudo martiniqués, mientras Folker le empujaba de lado para colocarle junto a él.

Ante ellos dos, enmarcados por el cerco de luz del foco, Harold Folker se mojó el pulgar, pasándolo por la punta del cuchillo.

—Me estás asustando, Folker —ironizó Flambert—. No me digas que piensas sangrarme así como así.

—Gallea, que poco kikirikí te queda.

—He creído imaginar que te supones inteligentísimo.

—Tienes la prueba, bien clara. Soy yo quien sostiene la sartén por el mango.

—Pero yo no soy ninguna chuleta, querido. Estás olvidando algo muy importante. Si me degüellas, el mundo no perderá gran cosa, pero en cambio, tú, estás irremisiblemente, perdido.

—¿Sí? Vaya… ¿Y eso, cómo lo trago?

—Si tienes anginas, te daré pastillas. Cuando yo lleve un par de días sin dar muestras de vida, tendrás a todo el «Intelligence» tras vosotros.

—Y si das muestras de vida, igual. Conque prefiero llevarte por delante, para que me abras la cortina del infierno. ¿Y tú qué dices, Bertram Hilton?

—Que aquí hay un grave error, jefe.

—¿Jefe de qué, granuja? Tú, lo que eres es un soplón chivato confidente de la «bofia».

—¡Parece mentira, hombre! —exclamó Harris rodando los ojos bajo las teñidas cejas—. No calumnies… Lo que pasó fué que cogí un papel escrito y dirigido a la niña Lucy, y fui y me dije: «Aquí hay asunto gordo», sin saber que eras tú el jefe. Vine aquí para sacar la tajada, sin chantaje, sino trabajando.

—Mientes bien, Hilton.

Lionel Flambert rió con carcajada homérica, sacudidos los hombros por una feroz alegría. Notaba en sus espaldas, que el cerco doble se iba aflojando, y sin embargo, Ronald Harris no se había

movido un milímetro.

Tan sólo su mano izquierda libre, trabajaba diestramente.

—¿De qué te ríes, cerebro?

—Lo de siempre. Los villanos de opereta, os refociláis, cuando sois malignos en amenazar y gozar viendo la agonía de vuestros prisioneros. Y ¿sabes qué pasa luego?

—Lo he visto en las películas. Viene la policía, y os salva a todos llevando al malo a la horca —rió, agriamente, Folker—. Pero de ésta, no os salva ni la caridad cristiana.

—Yo te daré un consejo. Siempre que agarres a un enemigo, despáchale al instante, en vez de refocilarte como un gato ante el ratón. Fíjate que somos cinco a despachar.

—Hay tiempo. Parece que la Craig te complace.

—Mucho.

—Esta tardará más en ocupar su tumba.

—No lo dudo, querido. Bueno, ¿y a qué esperas para empezar el trabajo de matarife?

—Cuando a mí me dé la gana, ¿estamos?

—Eres de un sublime grotesco, jefe —sonrió Ronald Harris—. Eres menos listo que Harper Silverton.

—Otro que se creyó listo como vosotros. Se metió en mi banda, para chivarse, cuando lo supiera todo. Ahora ya lo sabe, como vosotros, aunque él no ríe. Será porque le molesta verse ante su hijita.

—Será —dijo Flambert—. Escucha, cerdo de dos patas, te voy a hacer una proposición honorable. ¿Cómo prefieres ser asado? ¿Colgando de cáñamo en la Torre, o a cuchillazos?

Harold Folker arrugó el entrecejo, dando un paso hacia delante. Gruñó exasperado:

—Te voy a cortar la lengua, Flambert.

Alzó el cuchillo, avanzando la zurda hacia la boca de Flambert. Resopló fuertemente, quedándose con la boca abierta…

En el estómago acababa de recibir un recio puntapié de Harris que hasta entonces parecía tener los tobillos rodeados por una soga.

Un violento puñetazo de Flambert en su nuca inclinada, acogotó al maleante que quedó boca abajo, sacudiéndose.

Los dos cercos, al caer habían marcado el instante de pausa entre el puntapié y el puñetazo.

Flambert cogió el cuchillo en el suelo, cacheando rápidamente los bolsillos y ropa del asesino, y extrayendo una pistola.

—¿A dónde va usted Hilton?

—A quitarle la angustia a Lucy.

—Le ruego espere unos momentos. A Lucy le conviene recordar años y años esta nochecita. Y en cuanto a Margaret, más todavía.

¿Puede explicarme este milagro?

—Cuando volví, desaté a Jim. Le prometí que se saldría con un mes de cárcel, si colaboraba en descubrir al jefe de la banda. Le juré que de fallarme, ría a la horca, porque sería acusado de complicidad en el asesinato de Chester Craig. Le enseñé lo qué debía hacer, porque tenía el presentimiento de que usted caería en una trampa.

—Y acertó. En Scotland Yard le darían plaza, amigo Hilton.

—Me la dieron hace tiempo, amigo Flambert.

—¿Eh?

—Soy moreno y mi nariz es delgada, así como mis mejillas. Me llamo Bertram Hilton cuando exploro los Docks, pero corrientemente tengo el placer de ser el inspector Ronald Harris, de Scotland Yard, y a veces, estamos a la misma altura que los cerebros del «Intelligence».

En el suelo, Harold Folker recuperado del doble impacto aguantó a respiración y súbitamente se proyectó hacia delante, intentando cabecear en el bajo vientre a Flambert, el cual limitóse a dar un paso de costado.

El cráneo de Folker chocó contra la pared, volviendo a caer sin sentido, arañando el muro húmedo

—Este mulo se va hacer daño esta noche —comentó Flambert—. ¿Qué hay de los que van llegando a puerto?

—No escapará ni uno porque antes de media hora, recorrerán toda la costa de Dartmouth los coches patrulla en colaboración con las falúas policiales, que alertaré desde Exeter.

—Si le pone las manillas, a Folker, van a trabajar jueces, fotógrafos, y verdugo. Una lástima.

—¿Qué sugiere usted?

—Oyó como lo oí, lo que se proponía hacer con ellas… Cuando recupere la noción de las cosas, le voy a dar la paliza más amena que jamás hombre alguno propinó, y lo que quede de Harold Folker se lo regalaré.

Arrodillándose, Ronald Harris atrajo hacia atrás los brazos del desvanecido, y le colocó los dos cercos de acero.

—Lo siento, agente Flambert. Pero en mi servicio, somos rigurosamente ordenancistas. El verdugo así como los jueces, perciben un sueldo para trabajar de acuerdo con la Ley, como yo. Lo siento, me sacó del atolladero. A usted el honor de recibir los húmedos besos de gratitud de las señoras.

—Los compartiremos.

Subió Harris las escaleras, llamando:

—¡Jim!

Velozmente asomó el rostro rufián del violín.

—Entra, Jim. Te estarás quietecito aquí, hasta que vengan a

recogerte, embalado. Trae las manos, y tienes mi promesa de que no te saldrá más allá de un mes.

—Gracias, inspector. Es la vida, ¿sabe?

—Cuando salgas te hablaré yo de la vida, Jim.

Cerrando la puerta por fuera, Harris y Flambert atravesaron el refectorio, entrando en el ábside.

—¡Ronny! —gritó agudamente Lucy Silverton, al verle llegar con las manos libres—. Ronny… —repitió, agotada.

Lionel Flambert, murmurando entre dientes algo se aproximó a Margaret Craig. Y ella oyó perfectamente:

—Trabajo de aficionados…

Harper Silverton emitió una risita como si le cosquillearan.

—Bienvenido, inspector Harris —dijo—. Tengo que explicarle lo mío, aunque a lo mejor lo penetró ya.

—Lo penetré, señor Silverton. Usted hizo un trabajo de aficionado, pretendiendo ganarse la consideración nuestra (y hablo de Scotland) metiéndole en la banda de Folker. Debió ponerme en antecedentes. Expuso usted inútilmente su vida… Bien, no inútilmente, pues gracias a sus mensajes a Lucy, logré yo…

—¡Padre! —gimió ella, corriendo a desatarle.

—Demasiado enternecedor, inspector Harris —rezongó Flambert —. Le recuerdo que debe avisar patrullas, falúas, focos, etcétera.

Harris replicó:

—Voy a ello. En Exeter nos reuniremos. ¿Viene conmigo, señor Silverton?

—Voy. ¡Lucy, a Exeter!

Los tres abandonaron el ábside. Reinó un largo silencio, y por fin, entornados los párpados, Margaret Craig murmuró:

—Le haré observar, Flambert, que sigo atada.

—Disfruto de buena visión, señorita Craig. Corríjame si me engaño… Usted pretendió actuar impropiamente, porque sus dedos se hicieron para acariciar teclados, y no para machacar cráneos. Usted puso en peligro toda mi labor.

—Me arrepiento, sinceramente. ¿Qué más puedo decir?

—Mucho más debe decir. ¿Cree usted en el flechazo?

—Ignoro de qué me habla. Ruego me desate.

—Estoy atado desde que te atisbé, Margaret. Has sido el fulgor de luz en mi niebla inconstante —y empezó a desatarla, añadiendo —: Nunca he sabido lo que era verdadero amor, hasta verte. Nunca he presentido lo qué era la clásica esposa, hasta conocerte. Y los de tormentas pasada, buscan puerto calmoso, Margaret. ¿Puedo aspirar a ganarme tu cariño?

Ella frotándose los brazos, musitó:

—Inténtelo….

Se vió de nuevo aprisionada, esta vez entre brazos masculinos, y habló su instinto. Rendida la cabeza hacia atrás, entregó sus labios.

***

Harper Silverton en la habitación de la fonda, se secaba el rostro recobrando la normal respiración después de la carrera a paso ligero a que se había sometido el inspector Harris.

Miró por entre la toalla, a la que, sentada en una silla, estaba observándole con reproche.

—Habla ya, hija, y con el debido respeto a tu creador humano.

—Le mintió usted a madre, diciendo que embarcaba.

—Y me embarqué, ¡vaya que sí! ¿Qué más Lucy?

—Debió usted decírmelo.

—No podía. Por eso te escribí.

—Me dijo en la última carta que yo iba bien acompañada.

—Me refería a que yo vigilaba. Pero gracias a Ronny…

—El inspector Harris también me mintió.

—Todo por la Patria y por la Ley. Resulta que en Dartmoor, entre rejas, escuché varias cosas, referentes a Craig y Folker. Comprendí sin saber exactamente de qué se trataba, que era algo grande, algo que si yo lo descubría, haría que el inspector Harris no me hablase con el desdén justo con que me saludó. Se lo toleré y es más quise que cambiase de opinión, porque… ¡se sacaba el sombrero cada vez que tropezaba con la señora Silverton!

—Ahí viene, padre. Cállese usted.

El inspector Harris entró. Había ya telefoneado dando las órdenes para la gran redada final.

—Bien, señor Silverton, creo que queda un punto por aclarar.

—El degollado que apareció en el río con mi chaquetón, lo ajustició Folker por chivato.

—Dirá usted que Folker asesinó a un cómplice arrepentido.

—Lo cogió antes de que se arrepintiera, Ronny. Yo no estaba presente. Fué el mismo Folker quien me sugirió el truco.

—Sería mi deseo, señor Silverton, que olvidara usted sus trucos en lo sucesivo, y si los recordara, que fuera al servicio de la Ley.

—De acuerdo. ¿Algo más, Ronny?

—Lamento tener que enfocar la posibilidad de tenerlo por suegro, si bien me compensa con creces la posibilidad de tener por madre política a la señora Silverton

Lucy Silverton se levantó, y, apresuradamente, prosiguió Harris:

—Hace ya dos años que la quiero, señorita Lucy. ¿Me permite aspirar al honor de su mano?

—¡Diablos! ¿A qué esperas, pazguata? Yo, tu padre, os doy mi

bendición emocionada… Al mediodía, inspector Harris, la señora Silverton le escuchará atentamente, y dará su opinión. Vamos, Lucy.

Dócilmente, ella cogió la diestra de Harper, que añadió:

—Todo ha de hacerse legalmente, inspector Harris. Sigo su consejo. ¿Parece que preferiría hablar con Lucy, no? Sería poco legal. Mi hija y yo reposaremos en el tren. Hasta el mediodía, inspector Harris.

Ella sonrió, y Ronald Harris apenas hubieron salido padre e hija silbó alegremente: «Amanecer Radiante».

***

A las doce en punto, el inspector Harris tocó en una puerta, que al abrirse mostró a la señora Silverton.

—Buenos días, señora. ¿Puedo pasar?

Ella recogió el sombrero hongo, el abrigo y el bastón paraguas.

—Adelante, inspector. He preparado un té fuerte, porque la noche ha sido muy agitada.

En el comedor, Harper Silverton se levantó ceremoniosamente:

—¿Un cigarrillo, inspector?

—Gracias.

Un silencio que duró dos minutos, al término de los cuales, dijo el inspector:

—Un té excelente, señora Silverton. Gracias. ¿Puedo permitirme averiguar si su hija Lucy se halla en buen estado de salud?

—Gracias a usted! —exclamó, impetuosamente, ella—. ¡Lucy!

Una puerta se abrió violentamente, y Lucy Silverton, corriendo, llegó ante Harris, se detuvo, miró al suelo, y por fin, murmuró:

—Bienvenido, Ronny.

—Señora Silverton —dijo, con tono de reproche, Harper—: Me temo que ha llevado usted el trámite con demasiado rigor. Tiene usted mi permiso, inspector Harris para llevar a Lucy a admirar los árboles de Hyde Park.

Los dos desaparecieron como absorbidos por la puerta exterior.

La señora Silverton se sentó, cruzando las manos sobre el estómago, y sonriendo dejó caer por sus mejillas lágrimas de íntima felicidad.

Harper Silverton carraspeó, y por fin, manifestó:

—Me place comprobar que se avizoran tres lunas de miel perfectas y eternas.

Lucy y Ronny, Margaret y Lionel… Dos, señor Silverton.

—¿Y la nuestra, dulzura? El corazón nunca envejece, señora Silverton. Y de ahora en adelante, procuraré hacer del inspector Harris un hombre decente. Su disfraz era demasiado perfecto.

Tendré que vigilarlo, desde la altura de mi experiencia.

—Sí, señor Silverton —repuso ella, convencidísima.

Y Harper Silverton, beatíficamente, desdobló el periódico. Era por fin, un hombre que había alcanzado la paz de espíritu, porque ya sólo vivía contando los días necesarios para ser abuelo.

Los fantasmas ingleses, desde la revelación de lo sucedido en la Abadía de Foxmouth, han sufrido un considerable descenso en la credulidad campesina.

«Jim», es lacayo en casa de Margaret Flambert, y vive muy a gusto, aunque le está terminantemente prohibido tocar el violín.

FIN

Ultimas novedades de

EDITORIAL BRUGUERA



COLECCIÓN
PIMPINELA

Núm. 274 - Corín Tellado.
▪ DE DISTINTO COLOR
Núm. 275 - María Pilar Carré.
▪ AL DESTINO HAY QUE AYUDARLO
Núm. 276 - Nylhama.
○ DAILA
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTS.



COLECCIÓN
ROSAURA

Núm. 114 - Matilde Redón Chirona.
▪ SABOTAJE AL CORAZÓN
Núm. 115 - César de Monterrey.
▪ HABLAN LOS CORAZONES
Núm. 116 - Lía Ramos.
○ SOLOS EN LA NOCHE
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTS.



COLECCIÓN
MADREPERLA

Núm. 170 - Sergio Duval.
▪ CAUTIVA DEL DESIERTO
Núm. 171 - L. Masota.
▪ AMOR Y LEALTAD
Núm. 172 - Matilde Redón Chirona.
○ NO HAY SOL EN LAS MONTAÑAS
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTS.



COLECCIÓN
BISONTE

Núm. 215 - Joe Bennett.
▪ UN VAQUERO EN LA CIUDAD
Núm. 216 - Fidel Prado.
▪ DEUDA CANCELADA
Núm. 217 - Raf Segrram.
○ PAJARITO CANTOR
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 4 PTS.



COLECCIÓN
SERVICIO SECRETO

Núm. 79 - Fred Gorham.
▪ CRUCIGRAMAS SANGRIENTOS
Núm. 80 - Peter Debry.
▪ LOS MUERTOS NO MIENTEN
Núm. 81 - A. Rolcest.
○ ORDEN DE INVASIÓN
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTS.



COLECCIÓN
AUTORES FAMOSOS

Núm. 29 - Oscar J. Friend.
▪ DOS VAQUEROS DE TEXAS
Núm. 30 - Zane Grey.
▪ SENDAS EN LA ARENA
Núm. 31 - Clem Yore.
○ RUTAS DE PLOMO
APARICIÓN BIMENSUAL. PRECIO 16 PTS.

▪ Últimos volúmenes aparecidos.

○ Volúmenes de próxima aparición.



Precio: **5 pts.**